

: : EL MONASTERIO DE LA RÁBIDA : :



RECUERDO DE LAS GRANDES
FIESTAS CELEBRADAS EN LA
ENTREGA OFICIAL HECHA
POR EL GOBIERNO A LOS
PADRES FRANCISCANOS
DE ANDALUCÍA

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

IMPRENTA SAN ANTONIO
ooo ooo SEVILLA ooo ooo

25 DE ABRIL DE 1920

EL MONASTERIO DE LA RÁBIDA

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

El Monasterio de la Rábida

RECUERDO

DE LAS

GRANDES FIESTAS ALLÍ CELEBRADAS

EN LA

ENTREGA OFICIAL HECHA POR EL GOBIERNO

A LOS

RR. PP. Franciscanos de Andalucía

CRÓNICA DE LAS FUNCIONES, DISCURSOS PRONUNCIADOS
EN LA SESIÓN LITERARIA,
DESCRIPCIÓN DEL HISTÓRICO MONUMENTO
Y NUMEROSAS VISTAS PANORÁMICAS DEL MONASTERIO CON SUS
PINTORESCOS ALREDEDORES,
MAS LOS FOTOGRAFADOS DE LAS AUTORIDADES Y ORADORES
QUE TOMARON PARTE EN LA SOLEMNE VELADA

25 DE ABRIL DE 1920

SEVILLA

IMPRENTA DE SAN ANTONIO

ALBAREDA, NÚM. 37

1920



A guisa de Crónica y Prólogo



o de siempre y lo de todos los pueblos! ¿Quién se acordó jamás de la Rábida hasta que el navegante genovés Cristóbal Colón vino a ella? Fuera de los Capitulares franciscanos de la región andaluza, ninguno. Pero, en la pobrísima casa que la Orden ahí poseía, adquirió forma realizable el pensamiento de descubrir nuevas tierras y estas resultaron un rico y vasto continente que, al ensanchar las fronteras de Castilla y de León, permitía a España colocar en su escudo el enérgico *Plus ultra* y aprisionar el sol dentro de sus dominios: pues no fué preciso más. El hecho era demasiado grande para que las imaginaciones heroicas lo dejaran pasar en silencioso arrobo. Urgía pues rodear la colina y el Convento de la Rábida de un poco de misterio. ¿Cómo? Acudiendo a la leyenda. Y puestas las almas en este plano resbaladizo, ¿quién sería capaz de detenerlas siendo tan meridionales? Así pues, Roma construyó ahí un templo a Proserpina; los árabes levantaron un morabito; los caballeros del Temple, una encomienda; los cristianos un eremitorio; la Orden Seráfica fabricó un Convento;

vino San Francisco a él para bendecirlo y santificarlo, y... con estos romanticismos de novela histórica como base, y algunos cuentecillos más de la época de Colón como añadidura, se forjaron otras fantasías y otros despropósitos; musa juguetona y pueril que durante muchos años ha sido la inspiradora de historiadores nada escrupulosos y de una grey formidable de piro-técnicos de la palabra, sostenidos por un caudal inmenso de oquedades en el fondo y de latiguillos en la forma; oradores de campo, banquete y plaza subidos a no sé cuantos tripodes y rodeados por una corte sandunguera pronta siempre a romperse las manos aplaudiendo,

Cierto es que para ser justos hay que apuntar como término de esta enumeración, algo muy excelente y sabroso y a veces triste que se halla entremezclado con todas esas lindezas que acabamos de señalar.

La Rábida fué, sí, un eremitorio que en los comienzos del siglo XV transformóse en Convento de Franciscanos, sin que remotamente, como salta a la vista compulsando fechas, el Santo Patriarca de Asís viniera a él, a no ser en la forma que viene siempre a las casas de su Orden, o sea, en espíritu, infiltrándose en las almas de los suyos para darles esa masculinidad moral, esa fisonomía simpática que los ha hecho héroes en todas las edades.

A las puertas del venerable Convento llegó un día Cristóbal Colón y halló en él lo que necesitaba, a un humilde Fr. Juan Pérez que leyendo en los ojos del navegante, primero, y escuchándole después, lo alentó con esa buena voluntad que ponen siempre al servicio de las causas nobles y sublimes la ciencia y la



MONSEÑOR RAGONESSI, NUNCIÓ DE SUISANTIDAD
QUE PRESIDÓ EN LAS FIESTAS

virtud, con ese amor franco y risueño, viril y pródigo del franciscano de raza.

A estos dos hombres providenciales, Fr. Juan y Colón, juntáronse los Pinzones y Garci-Fernández del vecino pueblo de Palos; nombres que deben pronunciarse con veneración y cariño profundos. Garci-Fernández fué el corazón que entusiasmado, aplaudía, los Pinzones fueron la voluntad y el desprendimiento que obraban.

Prosiguió y terminó la epopeya colombina, y la Rábida fué poco a poco apartándose de la frágil memoria de los hombres. La historia se dió por satisfecha cubriendo el paraje con el espléndido tul de la poesía legendaria, y los años, y las ingratitudes y las brutalidades del hombre-fiera arrojaron del Convento a sus moradores. Abandonado y triste, las ruinas comenzaron a clavarle sus garras, y la falta de pudor cívico, por no decir la sobra de ignorancias viles, quiso raerlo; pero alzaron la voz los hijos amantes, los españoles de pura cepa, ¡la Patria!; y un Gobernador digno, y unos Infantes espléndidos, y una Diputación Provincial de sensatos, y una Sociedad Colombina bellamente ilusa y fuertemente patriótica, y una Reina muy Reina y muy Madre como nuestra Cristina de Austria, y un formidable político como Don Antonio Cánovas del Castillo, y un arquitecto de fama mundial como Don Ricardo Velázquez, fueron realizando con obras y palabras alentadoras la magnífica idea de la conservación del monumento histórico. Y faltando aun la nota final, que era el abrazo definitivo de la Patria con la Justicia, el activísimo ciudadano, ex-diputado a Córtes y hoy Alcalde de Huelva, Don Antonio de Mora Claros, la

dió muy cumplida, uniendo el nombre del Rey caballero Don Alfonso XIII con el de los RR. PP. Franciscanos de la Bética; y de esta unión ha surgido lo que debía ser una hermosa realidad, la restauración acabada y completa del Convento de Santa María de la Rábida con la entrega oficial del mismo a la Orden que por siglos le poseyó.

¡Bendito seas, día 25 de Abril de 1920!

¡Cuántos años de lucha han sido necesarios para llegar a tí!... ¡Mejor!; así la raigambre del hecho será más profunda y más fuerte!

Para completar estas breves líneas, que por encargo de mi querido amigo el Rdo. P. Fr. Isidoro Acemel he borrajado, a fin de que sirvan de exordio común a las composiciones que se declamaron o leyeron en la sesión literaria que celebróse en el Convento el día 25, añadiré la relación que el periódico *Diario de Huelva* hace de la

Entrega oficial del Monasterio de la Rábida

A LOS PP. FRANCISCANOS

Partida para la Rábida

El domingo a las nueve de la mañana, y con un día espléndido, empezaron a congregarse en el muelle del Sur las personalidades invitadas para asistir a la entrega oficial del Monasterio a los Franciscanos,

A las nueve y media en coches y automóviles llegaron los Prelados y las primeras autoridades, pasando inmediatamente al al vaporcito *Rábida*, el cual, lo mismo que el *Vázquez López*, había sido puesto galantemente a disposición del Alcalde por la Junta de Obras del Puerto.

En el *Rábida* partieron el Nuncio de Su Santidad y el Cardenal-Arzobispo, las señoras de Mora Claros, Delgado Lazo y Salcedo, la señorita de Rebollo, y los señores Gobernador civil, Gobernador militar, Comandante de marina, Alcalde de Huelva, Delegado e Interventor de Hacienda, Arcipreste de Huelva y Don Francisco Delgado Lazo.

En el *Vázquez López* fueron entre otras personas, la señora de Andrade Chinchilla con su bella hija; señores de Machuca, Don Eduardo Gallego, con su hija Carmen y su sobrina Concha Díaz.

Sres. Monge Bernal, García Velázquez, Valdenegro, Pera Bayo, Monis, Castillo, Domínguez y Muñoz Espinosa; los RR. PP. Agustinos de Huelva, Fr. Maximino, Gilberto Blanco, José A. Fariña, Jesús Fernández, Rodrigo Bayón, Francisco González y Feliciano Puras, con los alumnos de su internado.

Sres. Vázquez, Montenegro, Marchena Colombo, Domínguez Ortiz, Díaz, Figueroa, Albelda, Cano, Cádiz, Cansino, Ramírez y el fotógrafo de Sevilla, Sr. Pérez Giráldez.

Afluencia de público

Desde las cinco de la madrugada empezó a notarse en la *Rábida* la afluencia de numerosos excursionistas que llegaban



EMMO. SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE SEVILLA
QUE CON EL SR. NUNCIO PRESIDÓ LAS FIESTAS

de Huelva, Palos y Moguer, utilizando todos los medios de locomoción.

A su arribo al muelle de la Rábida, fueron recibidos los Sres. Nuncio de Su Santidad y Cardenal de Sevilla con las demás Autoridades por el R. P. Fr. Isidoro Acemel, Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en nombre de los PP. Franciscanos.

A las diez de la mañana, cuando llegaron al Monasterio los Prelados y su comitiva, había congregadas unas dos mil personas en torno del edificio, y seguramente fueron de cuatro a cinco mil las que en alegre romería pasaron la tarde en los hermosos parajes que rodean el histórico Monasterio de la Virgen Milagrosa.

Los vapores *Matías López*, *Ashburn*, *Huelva* y otros de menor porte; infinidad de gasolineras, lanchas y faluchos llegaron a la Rábida desembarcando numerosísimos pasajeros.

El *Vázquez López* tuvo que hacer un segundo viaje para recoger a muchos invitados, entre ellos algunos que habían llegado de Sevilla en el expreso.

Por tierra llegaron todos los automóviles que hay en Huelva y muchísimos coches.

Personalidades que llegan de fuera

En la imposibilidad de recordar a todas las personas de relieve que asistieron al acto, citaremos a los Sres. Marqués de Aracena y Jiménez Molina, que llegaron de Sevilla en automóvil.

Al director de *El Correo de Andalucía*, Sr. Tejera, y redactor-jefe del mismo periódico, Sr. Berriozábal; redactor de



M. R. P. FR. CIPRIANO M.^a ALZURU

PROVINCIAL DE LOS FRANCISCANOS

El Noticiero Sevillano, Sr. Izquierdo; redactor de *La Provin-*

cia, Sr. Machuca; Abogado del Estado, Sr. De la Prada; Presidente del Círculo Mercantil y Agrícola, Sr. Bel.

Alcalde de Moguer, Sr. Pancho; Arcipreste, Sr. Barea Bejarano; Juez de Instrucción, Sr. Rios Sarmiento; Juez Municipal, Sr. Iñiguez; Capitán de Carabineros, Sr. Cerdán; Capitán de la Guardia civil, Sr. Fernández Ortega; y Presbíteros Sres. Ortega y Almonte.

Alcalde de Palos, Sr. Gutiérrez de Ceballos; Juez Municipal, Sr. Prieto Trisac y el Sr. Gutiérrez.

De Trigueros, estuvo el Sr. Peñate Rodríguez.

Representaban a las Repúblicas Sud-americanas el P. Rucker Sotomayor, ex-rector y decano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Santiago de Chile, y el Sr. Rivas-Groot, ex-ministro de Instrucción Pública en Colombia.

También estuvieron algunas damas argentinas.

Los Prelados y las Autoridades fueron recibidas en la Rábida por el Delegado Provincial, Fr. Bernardino Puig; Superior del Convento, Fr. Leocadio G. Cárdenas; Cronólogo, Fr. Angel Ortega; Bibliotecario, Fr. Luis García Nieto, y otras personalidades.

La ceremonia religiosa

A las diez de la mañana se cantó una solemne Misa en la iglesia del Convento, oficiando el R. P. Bernardino Puig, Delegado Provincial de la Orden Franciscana, asistido por el ex-Arcipreste de Moguer, D. Francisco Pino Moreno y por el Arcipreste de Carmona, D. Miguel Muñoz Espinosa.

En el lado de la Epístola ocupó un sitial, bajo dosel, el Nuncio de Su Santidad, y al lado del Evangelio se situó el Cardenal-Arzbispo en la misma forma, acompañados uno y otro de sus respectivos Capellanes de honor.

Al pié del altar ocuparon otros sillones los Gobernadores civil y militar, los Alcaldes de Huelva, Moguer y Palos, y principales Autoridades de las tres poblaciones citadas.

La capilla musical estuvo a cargo de los RR. PP. Agustinos, cantándose la Misa de Haller y el ofertorio de Glück, con acompañamiento de armonium, violines, flauta y contrabajo.

Al Evangelio, el Dr. Roca y Ponsa, Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana, predicó un elocuente sermón alusivo al acto que se celebraba, escogiendo por texto un pasaje del libro de Josué: «Faltaron las aguas del Jordán delante del arca de la alianza del Señor, cuando pasa por él; por esto fueron estas piedras monumentos de los hijos de Israel para siempre.»

En otra ocasión—hace veintisiete años—embargaban al alma tres sentimientos: gratitud por el pasado, pena por el presente, esperanza para lo porvenir. Hoy la esperanza se ha cumplido. La Rábida ha vuelto a ser Franciscana.

La Rábida ha sido como el arca de la alianza para España. Ella se alza al fin de la peregrinación de la Reconquista en el principio de la tierra prometida.

En la Rábida se dieron el abrazo la fe de unos frailes, la ciencia de un médico, el heroísmo de unos marineros, el poder representado por el confesor de la Reina, y el genio de Colón. Y todo ello fué por la fe de la Rábida, que es la fe de España, ya que España es por la fe, por la religión.

El Sr. Cardenal Almaraz dió la bendición a los fieles al terminar la Misa, que fué oída por el numeroso público que invadía



M. I. SR. DR. D. JOSÉ ROCA Y PONSA
MAGISTRAL DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

la reducida iglesia y una gran cantidad de gente que se agolpaba en las puertas del templo y se desbordaba por las galerías altas.

La hora del almuerzo

Terminada la Misa, numerosos grupos de gentes invadieron la cantina habilitada cerca del Monasterio, siendo también muchas las familias que llevaron merienda de Huelva.

El gentío se desparramó por aquellas pintorescas proximidades, organizando animadas comilonas al pié de los pinos, buscando la sombra, que a aquella hora y con un sol de canícula, se hacía apetecible.

En algunos grupos vimos guitarras, panderetas y castañuelas, improvisándose alegres bailes, predominando las clásicas sevillanas, de las que se hizo un verdadero derroche.

El banquete oficial

Tres largas mesas, adornadas con bellos ramos de flores, esperaban a los invitados para el banquete oficial, que se celebró a la una en punto, en el antiguo refectorio de la comunidad.

Ocuparon las presidencias de la mesa central los dos Prelados, distribuyéndose las demás personalidades en la forma siguiente:

Derecha del Cardenal Almaraz; Sres. Gobernador civil, Comandante de Marina, Secretario del Tribunal de la Rota, Presidente de la Junta de Obras del Puerto, Arcipreste de Moguer, ex-Ministro de Colombia y Alcalde de Palos.

Izquierda: Sres. Provincial de los Franciscanos, Diputado, Marqués de Aracena, Decano de la Universidad de Chile, Presidente del Ateneo sevillano; Pedagogo, Sr. Siurot; Superior

de los RR. PP. Agustinos, Juez municipal de Palos y Alcalde de Moguer.

Derecha del Sr. Nuncio de Su Santidad: Sres. Gobernador militar, Presidente de la Sociedad Colombina, Juez de primera Instancia de Moguer, Diputado provincial por Sevilla, Sr. Monge Bernal, R. P. Agustino, Fr. Gilberto Blanco, y Juez municipal de Moguer.

Izquierda: Sres. Presidente de la Diputación Provincial, Alcalde de Huelva, Delegado de Hacienda, Magistral de la Catedral de Sevilla, Arcipreste de Huelva y Alcalde de Palos.

Ocuparon una de las mesas laterales los Sres. Delgado Lazo, Rebollo Orta, Pera Bayo, Capitán de Carabineros de Moguer, D. José M.^a Izquierdo, Párroco de Palos, D. José Albelda, D. Ricardo López, Capitán de la Guardia civil de Moguer, D. Luis Salcedo, R. P. Fr. Isidoro Acemel y D. Eduardo y Don José Figueroa.

Frente a la otra tomaron asiento el Arcipreste de Carmona, Sr. Muñoz Espinosa, el R. P. Fr. Angel Ortega, D. Alfonso Caraballo, el director de *El Correo de Andalucía*, D. Manuel del Castillo, el fotógrafo Sr. Calle, el Sr. Machuca en representación de *La Provincia* y el director de *El Diario de Huelva*.

El Cardenal bendijo la mesa, y empezó la comida, prodigio de habilidad culinaria, realizado por la voluntad de un humilde religioso franciscano, que sin cocina, ni ayudantes, ni elementos de ninguna clase, sirvió el siguiente exquisito menú, en el cual, si faltaron los pomposos títulos en francés convencional, hubo en cambio un condimento sabrosísimo:

Entremeses.

Sopa de sémola con menudillos.

Tortilla de jamón. Filetes de merluza. Alcachofas rellenas.

Ternera a la jardinera. Jamón en dulce con huevos hilados.

Vinos Jerez, Rioja. Postres, Café, Cognac.

Cigarros.

Terminado el banquete, que se deslizó animadamente, el Cardenal dió gracias, contestando los presentes, y momentos después comenzó la velada literaria.

La sesión literaria

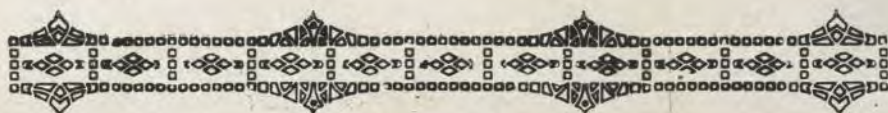
El patio del Monasterio, donde caben holgadamente algunos centenares de personas, hallábase a las tres de la tarde invadido por un hormiguero humano, que llenaba por completo los claustros del piso bajo y se hacinaba en las puertas que dan acceso al exterior.

En las ventanas del piso alto se veían racimos de personas prensadas materialmente.

En un lateral del patio se colocó un estradillo y en él tomaron asiento Monseñor Ragonessi y el Arzobispo de Sevilla, los Gobernadores civil y militar, el Presidente de la Diputación Provincial, el Alcalde de Huelva, el Comandante de Marina, el Delegado de Hacienda, las Autoridades de Palos y Moguer y los oradores que debían tomar parte en el acto, cuyos discursos, que publicamos a continuación, fueron calurosamente aplaudidos por la enorme concurrencia.



D. ANTONIO DE MORA CLAROS, ALCALDE DE HUELVA



DISCURSO
DEL
M. R. P. FR. BERNARDINO PUIG
DELEGADO PROVINCIAL DE LOS PP. FRANCISCANOS

EMMO. SEÑOR:

EXCMOS. SEÑORES:

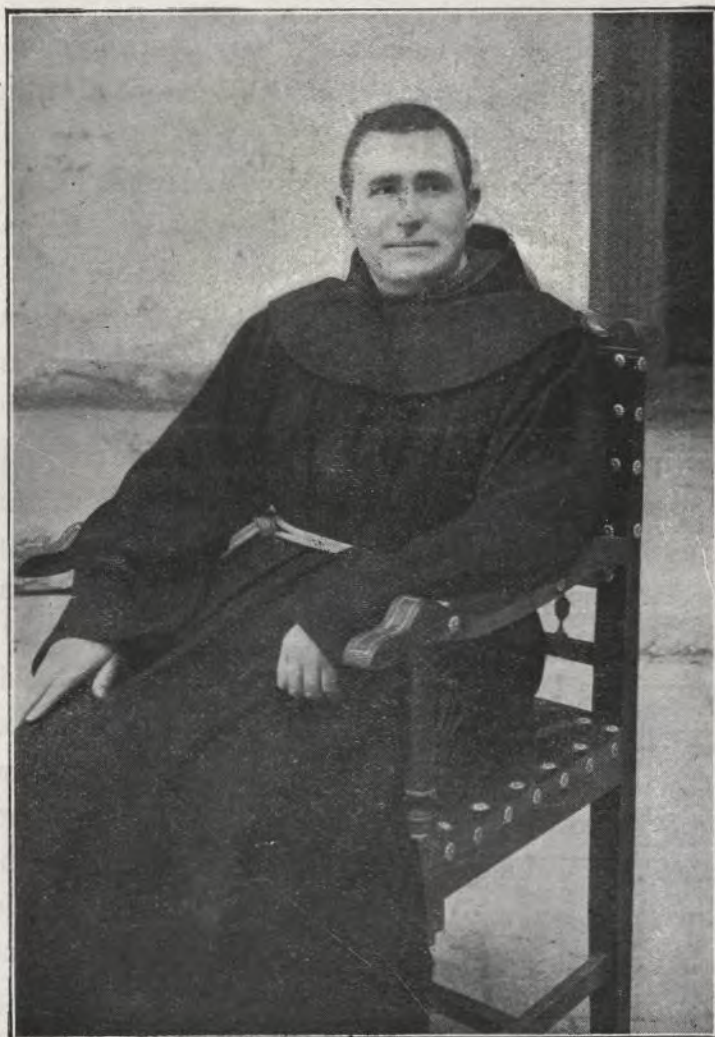


¡A grande, Señores, es este para los que nos sentimos enardecidos ante el recuerdo de las glorias patrias. Memorable fecha para mi santa madre la Orden Seráfica, que ve de nuevo abiertas a sus hijos las puertas de uno de los conventos que más gloria le han dado en el pasado. Supremo instante para mi, Señores, que me cabe el honor de recibir tan precioso legado, de manos y por voluntad de nuestro augusto Rey. ¡Oh!, cómo saltarán de gozo las venerandas cenizas de los PP. Marchena y Juan Pérez en sus tumbas seculares ¡cómo esta emoción que nosotros sentimos a impulsos del más grande de los amores, después del amor de Dios, tendrá eco en los altos cielos donde ellos moran!

Esta fiesta con la que inauguramos una nueva era para este

santo cenobio, albergue en pasadas centurias de santos varones, de preclaros sabios, y cabe cuyo hospitalario techo encontró el sublime iluso, descubridor de un mundo, amparo y protección, un alma gemela a la suya, que, al comprenderla, le animó a que realizase la locura de prolongar los dominios de España y a abrir nuevos amplios horizontes a la civilización cristiana; esta fiesta inaugural no puede por menos de conmovernos, y así es que todos los que os sentís entusiasmados ante el recuerdo de nuestras pretéritas glorias, unidos por los estrechos lazos de la amistad, algunos que sois honor de nuestra Orden, porque ceñís el mismo cordón que nosotros ceñimos, y a quienes con la sincera efusión de corazones moldeados en aquel corazón que ardía como el de un serafín, llamamos hermanos, queréis honrarnos, y al honrarnos honrar la patria y enaltecer este hermoso rincón de Andalucía, donde puso el pié Colón para marchar intrépido en busca de un nuevo mundo. Mejor que yo vosotros podréis, señores, interpretar el entusiasmo que con aceleramiento desusado hace palpitar nuestro corazón.

¡La Rábida! Si España, señores, no tuviera otro blasón de gloria; si, esparcidos por el suelo patrio, no tuviera otros monumentos que la acreditasen de haber contribuido a la civilización mundial; si por el orbe todo no repercutiera su nombre glorioso entre palmas y triunfos; si sus hijos invictos no hubiesen paseado triunfante por todos los confines de la tierra la santa enseña roja y gualda, de quien el sol tuvo celos, haciéndola respetada por todas las naciones, bastaría, señores, poseer este pequeño rincón para que su gloria, inmarchitable siempre, mereciera el aplauso de la humanidad.



M. R. P. BERNARDINO PUIG

Hijos espúreos abrieron un día las puertas de la hermosa Iberia a los bravos habitantes del desierto africano, que desparramándose por la península asolaron lo que la civilización visigótica creara. Profanan con su planta el suelo que el cristianismo había hecho germinar, y la cruz redentora, y las santas imágenes, y el nombre cristiano, perseguido con fiereza, ha de huir a esconderse a las escarpadas rocas de Covadonga. Mas no tardará, señores, en vibrar por las oquedades del monte Auseba el rabioso grito de combate, y ved como descienden vertiginosas por las abruptas laderas las huestes de Pelayo, que ponen en vergonzosa fuga a los hijos de la Media Luna, comenzando aquella no interrumpida serie de épicas hazañas que continúan el Cid Campeador en los verjeles de Valencia, los Alfonsos en las Navas y en Toledo, Fernando el Santo en la riente Sevilla, escribiendo, por espacio de ocho siglos, páginas tan gloriosas en nuestra historia, que son verdaderas epopeyas, conquistando tan inmarcesibles lauros, cual no los soñarán el Magno Alejandro, Jerjes el invicto, Leónidas el heroico, Escipión el Africano.

Hemos de reconocer que si España sostiene lucha tan gigantesca, no la sostiene sólo por librar el suelo patrio del ominoso extranjero. La cruz es su divisa, la religión cristiana, de la cual ella es símbolo, es su ideal, y por la cruz y por la religión con esfuerzo titánico, empapando todos los campos con la sangre generosa de sus hijos. No podía pasar por parte de Dios el esfuerzo de los españoles. El símbolo de la cruz, necesariamente había de recibir el sacrificio que sus hijos hicieran en aras de una obra más trascendental de nuestra his-

toria, cuando España formaba un solo reino, y en el trono de Castilla se sentaba una mujer augusta que poseía las intuiciones del genio; después de expulsar de la hermosa Granada, bella mansión de las huríes del paraíso de Mahoma, al último rey de la dominación musulmana, Dios le da un nuevo mundo, donde pueda expansionar sus energías cristianamente civilizadoras. Porque, señores, la venida de Colón a España fué un milagro de la Providencia que quiso galardonarla, regalándola un mundo escondido tras las olas murmurantes del océano.

Aquí fué, en este hermoso rincón, en esta soledad, incubadora de las grandes ideas, donde aquel hombre incomprendido, después de mendigar protección en las cortes de Italia, halló una inteligencia capaz de comprenderle y un corazón tan grande como el suyo, que le sostuvo en sus desmayos, cuando, por fatales azares de la suerte, veía próximas a fenecer sus más bellas esperanzas.

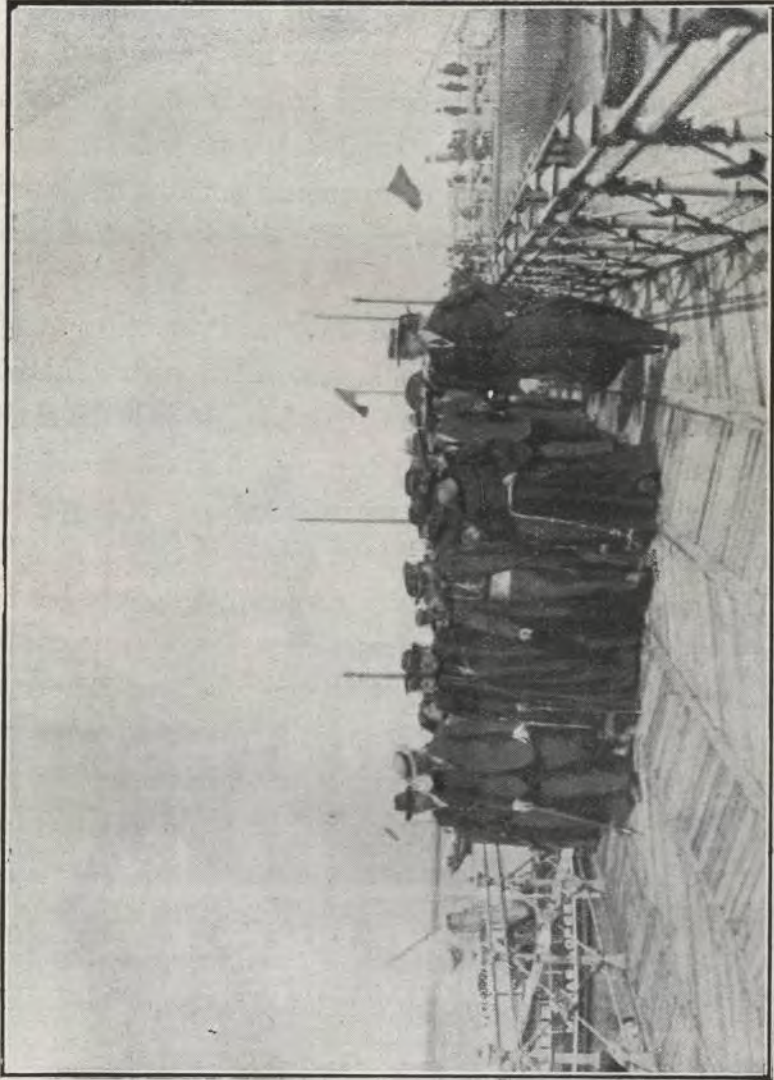
Retirados del bullicio del mundo, vivían en este antiquísimo convento, dos venerables religiosos que a la santidad de su vida unían un no escaso caudal de ciencia. Hijos de aquel hombre providencial que en la Edad Media consiguió llevar a cabo un movimiento social, cual ninguno otro consiguiera después del cristianismo, según dice Renán, heredaron el espíritu de su padre y fundador, bastándoles la simple enunciación de que detrás de aquella inconmensurable superficie de rizados encajes de espuma, existía un mundo, habitado por seres degradados, ajenos a toda idea de civilización, para que prestaran entusiastas su concurso, ayudando al loco de las maravillosas realidades en la empresa titánica del descubrimiento de América.

Es indudable, señores, que el nuevo mundo no hubiera permanecido siempre ignorado; que algún día, la ciencia en sus constantes progresos hubiera admitido como cosa cierta lo que en aquellos lejanos tiempos tenía como imposible, o al menos como dudoso; pero también es cierto que si a Cristóbal Colón, por haberse adelantado a los más eminentes sabios de su época, se debe el que España engarzara en su corona, la rica perla de un mundo virgen, y tuviera vasallos allende el mar, y su pabellón recibiera el beso regalado de la brisa de bosques edenales, a aquellos dos frailes que se llamaron Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena se debe también esa gloria imperecedera, que, a pesar de las vicisitudes del tiempo y de la historia, dirán muy alto en pro de esas dos figuras gigantescas que, con la incomparable de Colón, forman una grandiosa trilogía que es el blasón más ennoblecedor del escudo de nuestra madre patria.

No podemos separar a Colón de Fr. Juan Pérez, ni de Fr. Antonio de Marchena, en esa gloria inmortal de nuestra historia que se llama descubrimiento de América.

Protegido Colón por los dos hijos de San Francisco dará a España un mundo nuevo, acrecentará su gloria, y los siglos al aplaudir al sabio navegante, tendrán que inclinarse respetuosos ante el áspero sayal ceniciento que contribuyó a hacer glorioso el nombre español.

Señores: Colón descubrió la América; los franciscanos llevaron a aquellas apartadas regiones la civilización española. El cordón que ciñe nuestra cintura, sirvió de amarras morales para que las carabelas del ilustre genovés, al arribar a aquellas tranquilas playas, unieran ambos continentes, y echaran los gérme-



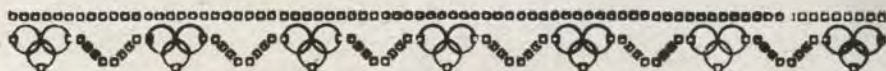
LOS RVMOS. PRELADOS CON LAS AUTORIDADES DE HUELVA, MOGUER Y PALOS
RECIBIDOS POR EL R. P. ACEMEL EN EL EMBARCADERO DE LA RÁBIDA

nes de la civilización cristiana en aquellas tierras hermosas, tornasoladas por el ardiente sol tropical, de tal modo que, según Mella, «cuando iluminados por constelaciones que no habían visto nunca los ojos europeos, y cuando las ondas de mares nunca surcados levantan las gloriosas carabelas, y las velas latinas se agitan con el áura perfumada de un nuevo mundo, las cuerdas de esas carabelas son una prolongación del cordón franciscano que lleva el que las rige.»

Colón es nuestro, totalmente nuestro. Protección le brindó la Orden en sus hijos cuando la necesitaba para realizar su pensamiento atrevido; aquí en esa humilde iglesia le dió el abrazo fraternal al hacerle terciario, y ella enjugó sus lágrimas cuando lloró en su desgracia, y rezó sobre su cadáver antes que se lo tragara la avara tierra.

La gloria de Colón es nuestra propia gloria, por eso hoy, señores, es un día de los más memorables para los que nos honramos con el hábito franciscano. Casi un siglo hace que por esas puertas salieron silenciosos y apenados los descendientes de los Marchenas y de los Fr. Juan Pérez, y hoy vuelven a pisar entusiasmados esos santos umbrales los herederos de las tradiciones, cuatro veces seculares, de aquellos santos varones, trayendo en su ánimo la alentadora esperanza de que llegarán a realizar, unidos a vosotros, su misión histórica, el unir con su cordón la España de las gloriosas epopeyas con las hijas queridas que viven tras las brumas del océano.

HE DICHO.



DISCURSO
DEL
SR. D. JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RUA
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EXCMO. SEÑOR:

SEÑOR EMINENTÍSIMO:

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES:

SEÑORAS, SEÑORES:



ESPUÉS de haber experimentado la sensación de la sed, párecenos más agradable el refrigerio del agua; tras la obscuridad encontramos más hermosa la luz; el orden resplandece más tras la confusión. Parece como que esta ley de los contrastes viene a ser una necesidad de nuestra vida, siquiera no sea más que porque mediante ella percibimos, apreciamos y gustamos, más prontamente, lo bueno, lo verdadero y lo bello. En esta fiesta se ha rendido tributo a esta especie de necesidad humana; y las pocas y deshilvanadas palabras que os veis precisados a escucharme os servirán de contraste para admirar en todo su esplendor las elocuentísimas que habéis oído y esperáis escuchar. Aun siendo esto así, ¿cómo pudo ocurrirseles a los organizados

res de esta fiesta traer a ella a este ya viejo, y siempre obscuro, profesor de una Universidad provinciana? Sólo acierto a explicármelo porque cuento entre los religiosos de la Orden de San Francisco muchos amigos y algunos muy queridos discípulos; pero unos y otros saben que yo no soy hombre a propósito para estas empresas; que yo no tengo costumbre de hablar en público, si no es dirigiéndome a los contados alumnos de mi cátedra, y que en lugar como este, en que han resonado las más elocuentes voces de la patria, la mía había de resultar obscura y pobre; que en el día de hoy, habiendo de tener la dicha de oír a mi antiguo compañero de estudios Marchena Colombo, paladín incansable de cuanto a Colón y a la Rábida se refiere, a Siurot y a Monge, ambos muy queridos y antiguos discípulos, al doctísimo agustino P. Gilberto Blanco, al P. Fr. Bernardino Puig, Delegado de los franciscanos andaluces y alma de esta fiesta y al ilustre Cronista de la Orden franciscana en Andalucía, Fr. Angel Ortega, mi insignificancia había de destacarse más y más entre sus brillantes elucubraciones. Pero así y todo lo han querido, debiendo yo sacrificarme a su deseo.

Por complacerlos, pues, me presento ante vosotros, a decirlos, con sobriedad de palabras, algo, muy poco, de lo mucho que sobre «*La Rábida, los Franciscanos y el descubrimiento de América*» pudiera decir cualquier entendimiento más agudo que el mío.

* * *

En el antiguo reino de Sevilla, cuyos límites, alterados por absurdas demarcaciones administrativas, conserva casi íntegro

su Arzobispado, hay un lugar ameno y delicioso situado al fin de un promontorio que termina en suave colina. De un lado acariciando las aguas de un estero; del otro las de una ría formada por las saladas aguas marinas al mezclarse con las de dos ríos,



D. JOAQUÍN HAZAÑAS

claras las unas como las serranas fuentes de que proceden, tintas las otras como el metal cuyas minas bordean. Frente a la colina se ve una isla y más allá la majestuosa grandeza del Océano, el mar proceloso, el mar desconocido de los antiguos. Una vejetación exhuberante debió adornar un tiempo aquel paraje, aunque hoy, por las necesidades de la industria, y acaso

más por la codicia de los hombres, apenas exista en él un árbol secular. La majestad del lugar, la grandeza del panorama que desde él se descubre, la inmensidad de las aguas que desde allí se admiran, ha impresionado en todo tiempo a los hombres que a aquel lugar han llegado y les ha obligado a reconocer su pequeñez, y, reconociéndola, a postrarse anonadados ante la Divinidad, acatando su grandeza y poder, por lo que, como dice nuestro insigne Rodrigo Caro, siempre fué venerable aquel lugar para gentiles, moros y cristianos.

En este sitio, que, como habréis comprendido, no es otro que La Rábida, donde nos encontramos, ha existido un santuario desde tiempo inmemorial y desde los gloriosos días del más sabio de los reyes de España, Alfonso X, que lo reconquistara en el año de 1257; la Cruz de Cristo abre desde esta cima sus misericordiosos brazos al mundo. Mansión de Templarios un tiempo, o albergue, desde su principio, de los hijos del Serafín de Asís, que no es ocasión de dilucidarlo la presente, es indudable que de aquella decimotercera centuria y de la siguiente datan los rasgos fisionómicos del templo ante que nos encontramos y la devota imagen de la Virgen que en él se venera. Poseída durante siglos por los Franciscanos, ya conventuales, ya observantes, esta modesta y solitaria casa, donde, de ordinario, sólo pescadores y labriegos acudieran, durante años y años, a implorar el favor divino en sus necesidades, y a rendir a Dios las debidas gracias por las mercedes recibidas, estaba destinada por la Providencia para que en ella se desarrollara el prólogo de uno de los acontecimientos de más trascendencia en la historia de la humanidad, y a que, merced a la intervención de humildes religio-

sos que en ella habitaran, el mar desconocido no fuera en adelante, como había sido, impenetrable y se dejara arrancar su gran secreto, el mundo doblara su extensión, España llegara a ser la primera nación del mundo, el nombre de Dios fuese alabado y bendecido en lugares donde no había sido predicado y por millones de gentes que no lo conocían, y el habla de Castilla resonara sonora y armoniosa en dos continentes. ¡Cuán verdad es que los caminos de Dios son inescrutables!: La Rábida que, por su posición y según los juicios humanos, no es camino para ninguna parte, fué, no obstante, el puerto de partida del camino de América.

¿Qué español desconoce la historia del gran navegante y famoso descubridor Cristóbal Colón? Repetirla aquí sería ofender vuestra ilustración, pero recordad que cansado el ilustre genovés de solicitar, en vano, protección para su empresa, reputada por muchos como un sueño, desamparado de reyes y magnates, habiendo gustado los sinsabores de la pobreza, que le obligaron a ser en Sevilla vendedor de libros de molde, como nos dice su coetaneo y amigo, el genial historiador Andrés Bernáldez, modesto cura del lugar de Los Palacios, pensando en abandonar España, llegó un día, trayendo de la mano al niño Diego, el primogénito de sus hijos, a la puerta de este Convento, y el que sólo pedía agua y pan para aquella criatura, encontró aquí, entre aquellos pobres y humildes religiosos, lo que en cortes y ciudades populosas no había hallado, un corazón y una inteligencia. Dios colocó en su camino, para que el desaliento cesase y no se malograra la colosal empresa, dos modestos frailes; uno, representación de la inteligencia, que acaso se llamase



VISTA PANORÁMICA DESDE EL MONASTERIO DE LA RÁBIDA

Fr. Antonio de Marchena, hombre cuya fama de astrólogo estaba muy extendida y cuyos conocimientos cosmográficos le permitían juzgar de la posibilidad de los proyectos colombinos; otro, todo corazón, Fr. Juan Pérez, que le abre sus brazos, restaña sus heridas morales, sustituye el letal desaliento con la salvadora esperanza, y de tal manera se identifica con el pensamiento del marino genovés, que, personalmente, corre a inflamar con su entusiasmo el pecho de aquella mujer sin igual, que se llamó Isabe I, a quien el cielo parecía tener reservados los más altos designios.

Si Colón no hubiera tropezado en su camino con esta santa casa de La Rábida, ¿quién sabe en qué tiempos, por qué hombres, y en provecho de qué nación se hubiese alcanzado el descubrimiento de América? continente que parece haber sido hecho brotar por Dios de las profundidades del Océano para premiar la fe de aquel gran navegante, de aquella excelsa reina, y de aquellos modestos religiosos, que fundados en la esfericidad de la tierra, no dudaban de encontrar un camino más corto para llegar a las costas de Asia, lanzándose en línea recta a través de los desconocidos mares.

En una celda de esta modesta casa esplanó Colón su pensamiento a los religiosos; aquí se robusteció su teoría y se confortó su pecho; aquí recibió el llamamiento para acudir al real de Santa Fé, como si la Providencia Divina hubiera querido que estos dos nombres, América y Granada corrieran siempre juntos, como sincrónicos son los hechos de la invención de un nuevo mundo y del glorioso final de aquella epopeya de ocho siglos a que llamamos la reconquista española.

De la inmediata villa de Palos, nombre ilustre en nuestra historia desde aquel tiempo, y que tiene la gloria de que esté enclavado en su término este santuario, salió aquella atrevida expedición, más arriesgada y temeraria que la de los argonautas griegos a la Cólquida, en la que quedó descubierto el nuevo mundo y en la que escribieron sus nombres en el libro de la inmortalidad Martín Alonso Pinzón, Vicente Yáñez Pinzón, aquellos intrépidos marinos sus compañeros y aquel modesto físico García Hernández que tanta parte tomó en la realización de la empresa.

Descubiertas las nuevas tierras, la Orden franciscana, que tanta y tan principal parte había tomado en el prólogo del descubrimiento, y a la que pertenecía, como Tercero, el mismo Colón, ni abandonó al Almirante en sus subsiguientes viajes, ni descuidó los intereses espirituales de las nuevas razas que poblaban el continente recién hallado. Franciscanos fueron los primeros que en América predicaron el Evangelio; franciscano el primer Obispo consagrado para ejercer allí su apostólico ministerio; franciscanos los doce religiosos que, con Fr. Martín de Valencia, evangelizaron la Nueva España; Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de Méjico, autor del primer libro impreso en el nuevo mundo; Fr. Vicente de Valverde, el primer Obispo de Santa María de la Antigua del Darien, la más antigua Catedral erigida en la tierra firme; y el lego Fray Pedro de Gante el primero que enseñó a los indios a leer, a escribir y las artes liberales. Franciscanos fueron los primeros conventos establecidos en América, y tan a pechos tomó la Orden de los Menores Observantes la conversión de aquellos idó-

latras a la fe de Cristo, que nadie como ellos se dedicó al estudio de las lenguas americanas, produciendo verdadero asombro el número de obras que, escritas en aquellos idiomas y dialectos por religiosos franciscanos, nos ofrece la bibliografía filológica de América. Y no se crea que sus trabajos se redujeron a escribir doctrinas o catecismos, oracionales y sermonarios, sino que se aplicaron a formar gramáticas y vocabularios, tales como el *Arte de la lengua mexicana* de Fr. Andrés de Olmos, los *Vocabularios* de aquella lengua del mismo religioso y de Fr. Alonso de Molina, las *Artes y Diccionarios de la lengua de Mechuan*, de Fr. Maturino Giberti y de Fr. Juan Baptista de Lagunas, los trabajos en lenguas quichua y aymara de Fr. Luis Jerónimo de Ore, y tantos y tantos otros como pudieran enumerarse.

Labor fué esta de la difusión de la palabra de Dios en el nuevo mundo en la que se emularon tanto los religiosos de todas las Ordenes, que los misioneros fueron legión, y de tal suerte y con tanto ahinco y provecho se aplicaron, para ello, al estudio de aquellos extraños lenguajes, que no parece sino que sobre ellos, como ha dicho un docto académico, «soplaba aun aquel mismo impetuoso viento que invadió el Cenáculo el día de Pentecostés.» Pero ninguna otra Orden religiosa, no obstante haber tomado parte, y buena parte, muchas de ellas en la cristianización del nuevo continente, puede alegar su prioridad respecto de los hijos de San Francisco, ni los supera tampoco en la intensidad de su labor, tan extensa, al mismo tiempo, que a mediados del siglo décimo séptimo llegaron a contar nada menos que cuatrocientos conventos en América, agrupados en die-

cisiete provincias, número no ya superado, ni igualado, pero ni aun imaginado por ninguna otra.

Pasaron los días del descubrimiento del nuevo mundo; Sevilla asumió toda la importancia del comercio con aquellas tierras, y el puerto de Palos y el convento de La Rábida, donde había brotado la chispa que había producido tan gran incendio, quedaron olvidados. Trascurrieron los años, las vicisitudes políticas extinguieron en un momento dado, en 1835, las Ordenes Religiosas en nuestra patria, siguiendo la suerte general la comunidad de este Convento, cuyos bienes y alguna parte del mismo, vendidas como bienes nacionales, pasaron a poder de particulares. El templo y sus aledaños, para los que afortunadamente, y acaso por altos designios de la Providencia, no hubo comprador, pues, de haberlo habido, acaso se hubiera transformado en alguna industria de salazón, o cosa semejante, abandonados completamente, sufriendo el embate de los temporales y los ultrajes y rapiñas de los hombres, se agrietaban poco a poco, llegando a amenazar ruina unas partes, y arruinándose por completo otras, faltas de una mano cariñosa que acudiera a su pronto reparo.

Las mismas vicisitudes políticas a que antes aludía, habían, poco antes, en 1833, hecho una división de España, exótica y caprichosa, trasformando los antiguos reinos, fraccionados muchos de ellos, en las provincias actuales, y llamo exótica a esta división por ser una servil imitación de la de departamentos hecha en Francia por la revolución, y caprichosa porque en ella se procuró atender al número de habitantes y a otras circunstancias, pero se prescindió de los caracteres propios de cada loca-

lidad como región natural, dándose, entre otros, el caso de que la región de la Mancha fué distribuida entre tres provincias, y así continua. En este arreglo de la geografía política española, hecho en los centros ministeriales por quienes tal vez no se habían asomado a las puertas de la villa y corte, y como pudiera hacerlo quien teniendo a la mano unas tijeras hubiera cortado a capricho un trozo de papel, fué la tierra sevillana, el antiguo reino de Sevilla, acaso al que más le tocó perder, quizás porque su misma grandeza se prestaba a ello: parte de lo que un tiempo se llamó la *Banda morisca* y toda la tierra de Mahera, Arcos y Jerez se unieron a la recién creada provincia de Cádiz; algunas poblaciones de la parte del norte, entre ellas Fregenal, se agregaron a la provincia de Badajoz, una de las dos en que, por gala, se había dividido Extremadura; y toda la parte occidental con el Campo de Tejada, el Condado de Niebla, las sierras de Andévalo, Aracena y Aroche, los señoríos de Lepe, Ayamonte y otros muchos, constituyeron la nueva provincia de Huelva, segregada toda ella del antiguo reino sevillano. Fué un bien para La Rábida la creación de esta provincia, pues sin el celo y amor de su Diputación, de su Comisión de Monumentos, y, más tarde, de su Sociedad Colombina y de otras entidades, acaso hoy pudiéramos parodiar el *hic Troia fuit*, señalando, llenos los ojos de lágrimas, el emplazamiento que había ocupado el antiquísimo convento. La Provincia obtuvo en 1846 la cesión del edificio, pero aun así, sin el amor de uno de sus Gobernadores civiles D. Mariano Alonso del Castillo, cuyo nombre va desde entonces unido a la historia de esta casa, que eludió hábilmente la orden emanada del Ministerio de Fomento

en 1851, el Convento hubiera sido totalmente destruido y vendidos sus materiales, como lo fueron algunas de sus maderas y otros objetos, no siendo lo menos lamentable que la excitación al Ministerio para la demolición, partió de aquí, de un Gobernador de esta provincia cuyo nombre no repetirán mis labios, por si acaso quiso emular el recuerdo de Erostrato, el griego que incendió el templo de Diana en Éfeso, para que su nombre pasase a la posteridad, aunque fuese unido al recuerdo de una infamia.

Transcurrieron algunos años y los Duques de Montpensier, que desde su establecimiento en Sevilla, de la que hicieron una segunda corte española, amantes de las artes y de las patrias glorias habían dejado sentir su regia munificencia en santuarios como el de Regla en la provincia de Cádiz y la ermita de Valme en la de Sevilla, restauraron, también, y embellecieron en 1854 el Convento de La Rábida. Dos años después, en 1856, fué declarado el convento y la iglesia monumento nacional, y desde estas restauración y declaración puede decirse que comienza la rehabilitación histórica de este bellissimo lugar, que llega a su apogeo en 1892, al celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América, inaugurándose en su recinto el IX Congreso Internacional de Americanistas: se erige ese monumento en que las proas de las naves evocan el recuerdo de la columna *rostrata* que Roma erigiera en honor de Cayo Duilio, el vencedor en Miletos, y en el que, con feliz acierto, la redentora cruz de Cristo campea en los aires a unos cien metros sobre el nivel del mar, recordando que a su sombra se desarrolló aquella grandiosa epopeya, y, por último, se encargó al ilustre ar-

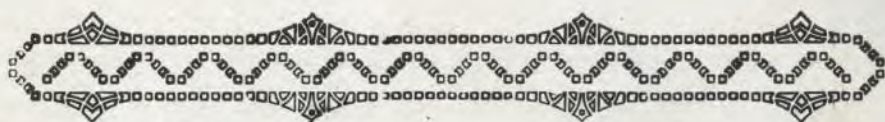
quitecto D. Ricardo Velázquez, honra de nuestra patria, la inteligente y artística restauración de que iglesia y convento fueron objeto.

El edificio, pequeño y pobre, pero alegre y risueño, veía que en su recinto se congregaban cada año, en determinado día, muchos hombres de buena voluntad, que, con patriótico y cristiano empeño, celebraban en su recinto la conmemoración de aquellos hechos gloriosos de que había sido mudo testigo. Se sentía rejuvenecido, se alegraba momentáneamente, cuando, durante el año, recibía las visitas de algunos viajeros, siempre pocos, por desgracia, pero, pasados aquellos momentos, quedaba solo y triste; era un cuerpo sin alma. Si el viejo edificio pudiera expresarnos hoy su regocijo, veríamos sus componentes saltar de gozo: es como el cuerpo de Lázaro, que, muerto de días, se reanima al llamamiento del divino Maestro; es que al recobrar a sus antiguos habitantes ha encontrado el alma que le habían robado y vuelve a la vida, lleno de entusiasmo, recordando lo que fué.

Ya en los días del cuarto centenario del descubrimiento de América se pensó en devolver esta casa a los Religiosos de San Francisco, para establecer en ella un Colegio de misioneros, pero el proyecto durmió el sueño de los justos, y ha sido preciso que transcurran más de cinco lustros para que se realice este acto de justicia a que asistimos. Ya La Rábida alberga a los hijos del Serafín humanado, ya puede venir aquí otro Colón a pedir en su puerta agua y pan para su *niñico*, como años adelante refería el famoso físico de Palos, pero, ¡no en valde han transcurrido cuatrocientos veintisiete años de aquel suceso!

ya pueden venir los hijos de América a prosternarse agradecidos al lugar en que, puede decirse, se decidió el descubrimiento de su continente. Aquí encontrarán este histórico Convento, edificio que «tal como hoy existe, es, casi en su totalidad, el mismo que albergó a Cristóbal Colón», la misma alabastrina imagen de María y el mismo devoto Crucifijo ante los que su descubridor se prosternara y a quienes se encomendara en su empresa; aquí hallarán aquellos mismos religiosos, pobres y humildes, que ampararan al Almirante: entre ellos no les será difícil encontrar algún sabio, algún astrólogo, como Fr. Antonio de Marchena y les será muy fácil encontrar muchos Fray Juan Pérez, esto es; muchos hombres buenos, todo corazón, como el religioso que abrió las puertas de este Convento al más famoso navegante que ha conocido el mundo.

HE DICHO.



DISCURSO

DEL

R. P. FR. GILBERTO BLANCO ALVAREZ

AGUSTINO

¿.....?



SE día contamos con usted.—Así, a quemaropa, me dieron el encargo de hablar en esta reunión. Enteréme de los oradores y no oradores que habían de asistir a ella; hice un ligero examen de mis armas espirituales y aun materiales, y... ¡me asusté! Me asusté de la ignorancia crasísima en que, acerca de mi persona, vivía el Padre Guardián de la Rábida, (¡qué bien suena pronunciar de nuevo este nombre al cabo de ochenta y cinco años!); y me asusté doblemente, porque el atrevimiento mío en aceptar lo inaceptable, pudiera traer enyugado a mi osadía el desprestigio de una Orden como la augustiniana, cuyo bagaje literario es de tal calidad que soporta

bien el parangón con el de los mayores prestigios, si es que no les supera. Y perdonad la inmodestia mía en gracia a la verdad, y a que el piropo es el de un hijo que adora a su madre.

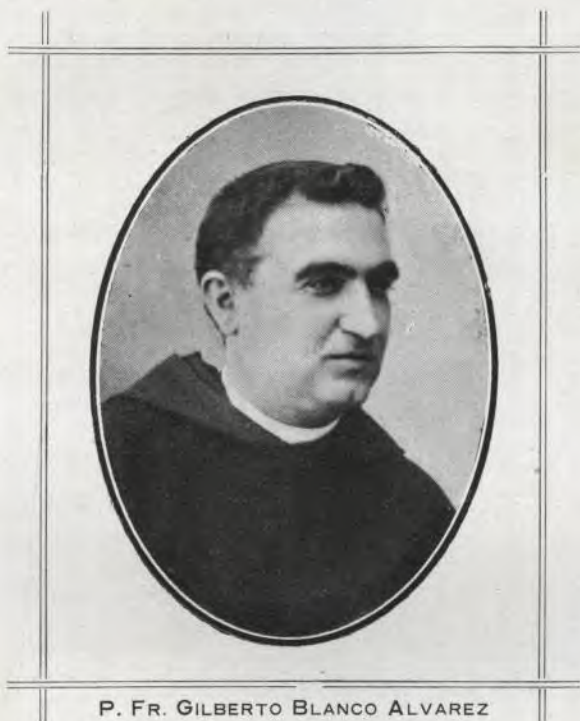
Cuando quise remediar lo hecho, nadie me dió oídos, y entonces, yo, pobre hormiga literaria, para dar una satisfacción a las altas personas que me escuchan, y vengarme a la vez de quienes metido me han en estos libros de caballería, opté... por no hablar. Y no hablaré, aunque tenga que sufrir el enojo de mis queridos Franciscanos. Daré, sí, lectura a unos cuantos renglones que me dictó la patria subida en los brazos de la religión.

Pero como se puede leer un discurso, y la oratoria en mí es un puro mito, resuélvome a leeros una carta dirigida al Padre Guardián de este Convento; la que por su índole, no pudiendo ser larga, tampoco os aburrirá, y no estando escrita en el tono cuasidogmático de la oratoria ultraseria, con citas a todo viento y hieratismos de fondo y forma, os libraré de una indigestión.

¡Ea!, que no me arrepiento de la proyectada cartita a mi querido Guardián; porque yo tengo que decirle en ese tono íntimo del género, que, con la restauración del Convento de la Rábida, y la presencia en él de los Padres Franciscanos, los verdaderos amantes de *nuestra historia, del honor de nuestra raza, y de las glorias de nuestra religión*, hemos respirado a pulmón abierto. Tan racional es nuestra alegría que cae en los campos de lo indiscutible.

Nuestra historia sin la restauración del Monasterio en la

forma que há muchos años lo exigía nuestro honor, padecía, es más, se ensombrecía de un modo alarmante, particularmente cuando este hermoso rincón era visitado por extranjeros. Porque precisamente la ruina y soledad en que vivía paraje tan célebre, significaba algo así como el poco aprecio, o el ningún



P. FR. GILBERTO BLANCO ALVAREZ

aprecio, que se hacía por España de un hecho culminante, o la aversión hacia una Orden tan benemérita como la Franciscana, o el prurito de establecer lagunas que el correr de los tiempos y la incuria de los hombres colocan entre hechos y hechos. Deplorable incuria que emborrona o suprime esas fechas, esos nombres o esa labor de la humanidad, que vienen a ser el co-

mienzo de posteriores e interesantes episodios, o el lazo de unión entre diferentes épocas, y por lo mismo esas lagunas deben agotarse, porque en el silencio de sus aguas queda sumergida y oculta la causa-origen de determinadas fases históricas.

Además; prescindir en todo o en parte de aquello que enaltezca como se merecen los hechos llevados a cabo por el valor, el talento, la heroica temeridad o el entusiasmo religioso de nuestros mayores, es un crimen de lesa historia patria. Nada a mi juicio puede glorificar más y mejor a los tales héroes, que la conservación del viejo pedestal sobre el que su fama comenzó a elevarse; que la visión clara y precisa de la base donde el pedestal se apoya; y que el estudio del punto inicial merced al cual los héroes se encumbraron.

Todo esto debe considerarse frecuentemente por los verdaderos patriotas, y nada para ello más apropiado, que colocarse bajo el mismo cielo que a los personajes ilustres cobijó; respirar en el mismo o parecido ambiente en que ellos respiraron; y tratar con aquellos hombres que siguen las mismas huellas en cuanto a civismo, alteza de miras, usos, trajes, costumbres y leyes de sus antepasados, antepasados que, con las celebridades que se estudian, convivieron; porque todas estas cosas juntas y cada una de ellas de por sí, son un libro pleno de claridades y de bellezas que al investigador, al crítico o al amante de las glorias patrias les encamina hacia la verdad, y ya en su posesión, excítalos tal vez a convertirse por el entusiasmo en hechos vivientes, en hechos nuevos.

La historia sirve para algo más que para ser un laberinto de hazañas y miserias, de sublimes locuras y vilezas incalifica-

bles. Significaría muy poco si ella no fuese el excelso panorama donde a la luz de los actos humanos, grandes o chicos, se ve el comienzo de las cosas; se aprende lo que no se sabe; se medita el cómo se llega al cumplimiento del deber, qué sendas han de seguirse para tocar en las cimas del heroísmo, y de qué modo se alcanza la posesión de esas fuentes soberanas del amor patrio, en cuyos cristales se bañaron los que, jugándose quizás la vida, nos legaron el rico tesoro de sus experiencias, formaron y aún ensancharon los límites de nuestra patria, y nos elevaron a las cumbres de la gloria. Es decir, que la historia es para el ciudadano un conjunto monumental de tablas de bronce donde la libertad humana y la providencia divina han esculpido con el recio buril de los hechos las leyes del honor; y estas leyes jamás tendrán para los corazones toda la fuerza impulsadora, toda la energía vital, todo el empuje sobrehumano productor de las nuevas aventuras, si no se las lee, si no se las estudia en el propio lugar donde comenzaron a formularse, o continuaron haciéndose, o concluyeron por implantar su poderío. De ahí la necesidad imperiosa de conservar, o restaurar con el acierto y destreza del artista enamorado de su obra, todo aquello que pueda servir, o para esclarecer un punto de la historia, o para dar la idea y aun la sensación de lo que fué la base de los hechos.

Por una uña se conoce la magnitud de la fiera. Destruid el Monasterio de la Rábida, y jamás sabréis lo que significa el grano de arena de un buen consejo para levantar la montaña de una conquista gloriosa. Quitad a los Franciscanos de la Rábida, e ignoraréis de lo que el corazón humano es capaz, cuando como en el caso de Colón, vese alentado por hombres de fé, por hom-

bres de aspecto humilde pero de recia contextura anímica, templados en las grandes luchas por el honor y la verdad. No vean vuestros ojos la Rábida tal y como se presentó a los ojos del bravo marino, y no podréis estudiar el arte de dos o tres épocas, fotografiado en este templo, y en estas celdas, y en estos claustros; no sabréis la extensión, conocimientos, energías y anhelos de instituciones tan fecundas como la franciscana en aquellas edades y esta región; habréis quitado el encanto, la homérica poesía a un rincón de nuestra patria idolatrada; habréis arrancado a los ojos de vuestro espíritu la visión maravillosa de aquellas reuniones celebradas aquí, tan insignificantes al parecer, tan sin razón, pero incubadoras de aquel heroísmo semisalvaje, de aquella imponente grandeza, de aquella magnitud sublime del zarpazo del león hispano, que dirigido por un loco, empujado por unos pobres frailes y alimentado en el humilde templo de esta casa con la sangre de Cristo, aprisionó todo un continente para depositarlo a los pies de una mujer excelsa, de una Reina sin segunda, del orgullo más legítimo de nuestra raza, de nuestra Isabel la Católica.

Pedía, pues, la Historia acuciada por la Poesía, la restauración del Convento de la Rábida, y la presencia en él de los Reverendos PP. Franciscanos. Pero esta restauración en la forma que se va llevando, (no en cuanto a su lentitud que es incomprensible y exhacerbante), la exigía también el *honor de nuestra raza*. Y hay que convenir en que las exigencias del honor no pueden darse al olvido sin cometer un atentado, y los atentados contra el buen nombre ya de los individuos, ya de los pueblos, la caballerosidad los estigmatiza como los que se cometen contra la religión.

El honor de la raza es algo supremo y augusto. Por eso tiene sus templos y sus altares. Sí; son los corazones de los que en él creen, y en estos corazones, los huequecitos más santos después de los que ocupa Dios. Y así como el que no rindiera un culto soberano a la divinidad, sería un depravado o un idiota, lo será igualmente el que no dé en su espíritu el distinguido puesto que se merece y reclama el honor de su pueblo. Y no sólo en su espíritu, sino también en las operaciones del mismo espíritu manifestadas por los hechos o por las palabras.

El concepto del honor de raza es de tal sutileza, que se subtrae a toda disección científica. Es algo que se vive, que, ingénito en el ser humano, opera dentro y fuera de él con el vigor de una energía supereminente, energía que hace a los hombres llegar a las cumbres del heroísmo. Este honor es el que lleva al sacrificio de la vida por conservar la independencia de la patria; el que arrastra a los conquistadores por los caminos de la gloria; el que mueve la pluma de los sabios; el que pulsa la lira de los poetas; el que inspira a los cultivadores de las artes plásticas, y colorea y dirige los pinceles de los Murillos y Velázquez y Coellos y Goyas y Pradillas; el que deja como estela de su paso, como trofeos de sus victorias, la paz de los hogares, la riqueza de los pueblos, la elevación de los espíritus y las producciones del genio; producciones que rebasando las fronteras, moralmente conquistan para la patria el mundo; siendo las piedras miliarias, indicadoras de la marcha triunfal de este honor, esos variados monumentos que se alzan en los campos y ciudades de las naciones, bienhechora siembra de recuerdos, mezcla santa de fecundos idealismos y alentadoras realidades, verdade-



LA PALMERA COLOMBINA, - PASEO DEL MONUMENTO A COLÓN

ra concreción ciclópea sobre cuya cima dominadora se yergue como rey de los corazones el espíritu de la raza simbolizado en una bandera o en un león, ante los cuales se inclinan las frentes, se descubren las cabezas, y se arrodillan las almas.

Cuando el honor de la raza se conserva puro e incólume, sus victorias toman también el carácter de lo sobrehumano; por que sus héroes, impulsados por una fuerza divina, saltan las lindes del mundo de la materia y cayendo en los floridos campos de las virtudes, arrebatan la gloria, ¡la conquistan, señores!, dando con ello timbres nuevos a su estirpe. ¡Ahí tenéis a los santos!, a esas sublimes excepciones, que, por tener apenas embarrados los escondrijos de su corazón, concibieron más claro y sintieron más hondo el honor de su raza, y por eso, fueron siempre los mejores patriotas.

Si os habéis percatado bien de lo que este honor significa, convendréis conmigo en que los que no aprecian como se merecen los grandes hechos de sus antepasados; que los que no se conmueven ante los alardes de su valor; que los que ven con indiferencia ensombrecerse o hundirse las glorias de sus hogares y reducirse a escombros los monumentos que las perpetúan en la memoria de los hombres; que los que no se rinden a la dulce nostalgia del patriotismo ante esas nobles ruinas, bravo testimonio de las pasadas grandezas; que los que, no sintiéndose aguijoneados por la comezón de restaurar cumplidamente lo que la incuria o la maldad abandonó, se entregan a esa pigracia moral del escéptico, del desmemoriado y del abúllico, o a esa brutal y destructora fiebre del bárbaro bolchevique, merecen... o un manicomio, o el desprecio matador de los demás individuos de la

misma raza; ¡bendita raza, que en ellos a tal extremo de vileza y de generación ha llegado!

La consecuencia de lo anteriormente dicho salta a la vista. Insensato y mal español será quien hoy no vea en la Rábida el fin de un oprobio que hería duramente el honor patrio. Mal español y peor nacido será, quien no se alegre, quien no goce con la limpia que hoy se hace de una mancha, cuya magnitud y fealdad ha muchos años que han debido borrarse; porque, si aun voltea en nuestra sangre alguna gota de aquella hidalga que tanto encumbró a nuestros mayores, mil veces debió enrojecer nuestra cara, cuando algún extranjero, y sobre todo algún hijo de la robusta y noble América vino a visitarnos y lleno de ilusiones fijó sus plantas y sus ojos sobre esta colina adorada.

Voy a terminar. De propósito he dejado para ello el hablaros de las exigencias imperiosas de *nuestra religión* en cuanto a la presencia de los Rdos. Padres Franciscanos en el Monasterio de Santa María de la Rábida; porque la religión siempre debe ser la razón suprema, el remate de toda obra, y el broche que la guarde y cierre.

Desde las alturas del pensamiento y de la memoria, miremos hacia el Convento de la Rábida. No hay otro camino; hay que describir.

Era la casita blanca y risueña, limpia y donosa; la casita del pobre que vivía de la caridad y con la caridad obsequiaba. Erguida sobre un cerro, amorosamente la sonreía, entoldándola, un cielo de espléndida hermosura. Prisionera de invisibles genios, para embellecerla más, colocaron en su torno como dulces cadenas, senderos y macizos de variadas flores; y besando sus

pies, tendióse lánguidamente el mar, para arrullarla con el soplo de sus brisas y el cantar de los sencillos bateleros. Nubes de tormenta, y huracanes de odio, y espíritus del mal se levantaron y sobre ella cayeron; y envuelta por el manto de sublime poesía que prestan siempre los recuerdos de días más felices y la herumbre de las ruinas, la casita ya no es el santo albergue que recoge al genio, ni la dama caritativa que la sed del viandante apaga. Es... una reina sin vasallos, ataviada con los andrajos de la mendiga. Es... una jaula sin pájaros cantadores, destrozada por los vientos y las lluvias. Ni el cielo que la cubre, ni las flores que la aroman, ni las brisas que la arrullan consiguen desviarla de sus tristezas. Son las tristezas que surgen de la soledad; de la soledad más adusta y más honda que es la que prestan el bohemio o el nómada a los parajes que un momento pisan. ¡Las tristezas y la soledad del abandono!.... Y esto ha sido y será el Monasterio de la Rábida sin Franciscanos. ¡Un desierto!; pero un desierto contra el cual, (y mejor aun, contra los culpables de que eso fuera), protestó siempre, y protesta hoy, y protestará mañana la religión. Y protesta; porque a un dueño, si es que hay honor en las almas y en los códigos leyes decentes, no se le puede desposeer de lo que en derecho le corresponde. Protesta la religión y protesta con bravura, porque la forma del expolio ha sido un borrón muy feo para las creencias y la hidalguía españolas. (Creo que los manchones de la sangre inocente que vertieron los Caines del 35 aun no se han borrado de algunas frentes.) Protesta la religión, porque en un templo y en unos claustros donde se recogieron las sublimes aspiraciones de un genio, fecundizadas por el llanto del infortunio y alentadas y

bendecidas por la humildad y la nobleza de los caballeros de la cruz, que se llaman Padres Franciscanos; en unos claustros y en un templo así, no han debido, ni deben escucharse jamás las voces de la oratoria artificial y huera, de esa oratoria tan hinchada como hipócrita de los sicofantas y patrioteros. No han debido, ni deben estallar nunca las blasfemias del inculto, del impío y del beodo, ni los dicharachos nauseabundos del inconsciente, del analfabeto y del encenegado; porque no han debido ni deben turbar estas soledades augustas otras voces que las del honor patrio vibrante y conquistador; pero amasadas y confundidas con los ecos misteriosos de la oración de los monjes y el canto magnífico y severo de la liturgia cristiana.

.....

La Patria, no por conducto de aquellos hijos cuya labor infame ha sido envilecerla y desgarrar su corazón, sino la representada por los hijos buenos, por los nobles hijos de su caballería, a vosotros Rdos. Padres Franciscanos os hace hoy entrega de lo que era vuestro; os entrega restaurado lo que *nuestra historia, el honor de nuestra raza y la religión* de nuestros padres y la nuestra exigían conservar y devolver. ¡Amadlo con la dulce y enérgica intensidad con que hacerlo sabéis, y guardadlo con el respeto y la santa veneración que piden los legados de la persona amada!

He terminado.....

.....

¡Válgame Dios!...; ¿y qué ha sido de aquella carta familiar y sencilla que iba a leeros?... ¡Perdonadme!; la enfoqué tan mal, que troqué la dirección. La carta existe, y habéis oído su lectu-

ra. No era para el Padre Guardián de este Convento sino para todos vosotros. Y puesto que ha resultado así por desdicha mía, permitidme que dé cumplido fin a ella.

Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad: Cuando piséis de nuevo aquella tierra encantadora que os vió nacer; tierra bendita que ha pocos años besé en Pavía sobre el sepulcro de mi excelso Patriarca, y admiré y bendije desde las cumbres de Montefalco, mirando a Asís tumba de San Francisco; decidla que España como perenne recuerdo, como ofrenda sagrada al ilustre genovés, a vuestro compatriota Cristóbal Colón, ha restaurado y conservará bajo la custodia de quienes le acogieron paternalmente, el monumento en donde empezaron a adquirir forma real las aspiraciones del genio. España, Italia, América, el mundo todo lo exigía así, ¡y así se hizo!

Y Vos, Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla: Cuando habléis de vuestra Diócesis, decid con el santo orgullo del buen Pastor y por consiguiente del patriota indiscutible, que en ella se levanta lo que no hay ni habrá jamás en parte alguna, el verdadero monumento a nuestra raza; el hermoso relicario donde los espíritus se hallan al parecer en comunicación más estrecha, en contacto más íntimo con las almas de los héroes que realizaron el hecho más transcendental que registran las páginas de nuestra historia. Y porque lo hicieron con la vista puesta en el gran Mártir de la civilización que se llamó Jesús de Nazaret, Dios ha querido que se guarden aquí envueltas entre el polvo de

las ruinas, fundidas por la piedad y conservadas por el recuerdo, las lágrimas que vertió Colón al pie del tabernáculo del templo de la Rábida, las que hoy se manifiestan en el llanto de nuestros ojos, en el vitorear de las gentes, en las plegarias de los monjes, en los arranques de la oratoria y en el fuerte palpitar de los corazones. ¡Maravilloso y nuevo holocausto de amor que ofrenda el navegante inmortal a los sagrados manes del hogar ibero!

Y vosotros, queridos compatriotas; ¡subid a esta colina en peregrinación constante!, porque en ella encontraréis abierto, ¡muy abierto!, el libro de oro que os ha de enseñar a cuánto obligan el honor y los mandatos de dos reinas y de dos madres..... ¡la Religión y la Patria!



DISCURSO

DEL

SR. D. MARTÍN RUCKER SOTOMAYOR

DECANO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE SANTIAGO DE CHILE



SENTIMIENTO profundo habría experimentado mi alma si, siendo americano y chileno como soy, no me hubiera sido posible en esta ocasión solemnísimamente, levantarme para unir una débil y humilde nota al torrente de melodías, robustas y entonadas, que se elevan en este sitio en honor de los dignos y santos hijos del Pobrecito de Asís, al serles entregado oficialmente el Monasterio de Santa María de la Rábida, de imperecederos e inmortales recuerdos.

¡Cómo llena mi mente la memoria de los hechos precursores de esa hazaña gigantesca e incomparable, que dió por resultado el hallazgo de un nuevo Mundo! ¡Cómo parece que las sombras del heroico navegante y de los humildes Religiosos contemplarán complacidas este acto de reparación y de justicia!

Este monasterio es para nosotros los americanos un emblema, es un ideal: es un santuario en donde han de vivir eternamente abrazadas y en íntima comunión de amor la noble España, Madre nuestra, y sus hijas, las naciones hispano-americanas. La Rábida es un capítulo glorioso de nuestra portentosa historia; la Rábida es también el prólogo de nuestra historia, llena de aquel heroísmo y de aquella grandeza que de vosotros aprendimos.

A medida que avanza la crítica histórica se van desvaneciendo, como castillo de naipes, absurdas preocupaciones, invenciones necias, graves errores en el conocimiento de la conducta que observó España al descubrir, conquistar y civilizar los vastos territorios americanos.

Ante todo España nos dió la fé cristiana; esa fe sólida y granítica que hace grandes a los hombres y a los pueblos; esa fe que es el consuelo en los dolores de la vida, el bálsamo para las heridas del alma, el paño para secar las lágrimas que hacen derramar las desgracias de la existencia humana. De España recibimos la hermosa lengua que hablamos, esa lengua que supo emplear con arte maravilloso Miguel de Cervantes; con inimitable gracia Teresa de Jesús; con elocuencia insuperable el Maestro Granada; con inspiración sublime Calderón de la Barca y Lope de Vega. De España recibimos la luz de la civilización por medio de sabios maestros, de celosos misioneros, de grandes Universidades y de centros de estudio, que dieron sabroso y oportuno fruto. En una palabra, dió España a sus hijas todo lo que pudo dar; más de lo que hizo no pudo hacer. Y en aquel afán de atender con solicitud e interés las peticiones de su mun-

do colonial, se fué la Madre debilitando paulatinamente, hasta quedar agotada, por el exceso de su propia fecundidad. No son éstas afirmaciones antojadizas; son ellas reflejo de lo que dicen los Archivos; son ellas eco fiel de lo que repiten concienzudos historiadores de nuestra época. Esto es también lo que se



SR. D. MARTÍN RUCKER SOTOMAYOR

enseña, o comienza a enseñarse, en las cátedras de los grandes centros científicos de nuestras Américas. Yo pregunto con sinceridad: ¿Hay alguna nación sobre la superficie de la tierra que pueda gloriarse con una historia como la portentosa historia de España?

Por eso, señores, se levantan en esos países de ultramar,

que saben sentir a la española, y que saben amar a la española, se levantan, digo, explosiones de cariño a España, sentimientos de admiración hacia ella; y si la historia va refiriendo con gravedad y sencillez la insigne obra de civilización llevada a término por España durante el Descubrimiento, la Conquista y la Colonia del continente americano, el inspirado plectro de los poetas deja caer lluvias de oro convertidas en inspiraciones llenas de elevación y de estro en honor de la que, con razón, llamamos a boca llena «Madre Patria.»

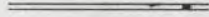
Esta enseñanza de la historia va abriendo fácil camino a la unión íntima y cordial de España con sus hijas americanas, unión que ha de ser sellada en este Santuario, en el cual hasta las piedras nos están gritando y diciendo que eso fué lo que Dios tuvo en vista al confiar a España la misión de descubrir y civilizar el Nuevo Mundo. Urge que esa unión se realice y dure eternamente. Vivamos españoles y americanos en comunión de almas; vivamos en comunión de plegarias; vivamos en comunión intelectual; vivamos en comunión de intereses de todo orden.

Los americanos hemos de tributar rendidos agradecimientos a los Religiosos Franciscanos por la eficaz cooperación que prestaron a la providencial empresa de Colón. Podemos estar seguros de que este Monasterio que vuelve a poder de ellos, será custodiado con intenso amor y con sin igual interés. ¡Que al elevar estos celosos hijos del Patriarca de Asís sus oraciones al Cielo, no olviden aquellas naciones que, a través de la bruma del Océano, se divisan, y que son la más justa gloria de esta incomparable España!

Señores, yo, a nombre de mi Patria muy querida, la República de Chile, que ama tan de veras al país de nuestros antepasados, formulo los votos más sinceros por esta unión, que ha de marcar, en el reloj de los tiempos, nuevos y luminosos rumbos a nuestra raza, rumbos que han de ser el cumplimiento de la misión histórica que Dios a ella le ha confiado.

¡Que el abrazo eterno de España con América, y en especial con Chile, sea el fruto más espléndido de esta solemnidad, cuyos recuerdos conservaré en los pliegues más íntimos de mi alma agradecida!

HE DICHO.





EL SR. MONGE BERNAL PRONUNCIANDO SU DISCURSO



DISCURSO
DEL
SR. D. JOSÉ MONGE BERNAL
ABOGADO Y DIPUTADO PROVINCIAL POR SEVILLA

Sentimos muchísimo el no poder dar íntegro el magnífico discurso de nuestro querido amigo, el ilustre abogado, Sr. Monge Bernal, quien, constantemente ocupado en el ejercicio de su profesión, no le ha sido posible reducir a cuartillas tan elocuente oración, viéndonos precisados a estampar aquí solamente algunos de sus conceptos.

(N. DE LA R.)



PARA que resalte lo bueno se necesita el mal; como os cansarían nueve discursos buenos, me han hecho hablar a mí.

Yo no creo que la historia sea una serie de hechos y fechas sin conexión. Hay que saberlos relacionar.

¿Por qué Colón viniendo de Portugal, llega a la Rábida, que no es camino para ninguna parte? ¿Por qué en Palos y en Moguer encontró Colón la ayuda que le negaron las lumbreras de su siglo? Yo sólo veo en esto la mano de Dios, que desde la cumbre de la historia rige los mundos.

Evoca la leyenda, según la cual, S. Francisco visitó la Rábida, para decir, en un párrafo brillantísimo, que el espíritu del

Serafín de Asís abrió el camino de América al genio de Colón.

Los escritores racionalistas quieren achacar al Renacimiento la gloria de haber señalado a Colón el camino.

Niega que al Renacimiento quepa la más mínima parte a la gloria de Colón. La ciencia humana rechazaba entonces por loco al insigne genovés y le alentaron dos hombres que vivían de espaldas a ese retroceso artístico, Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena.

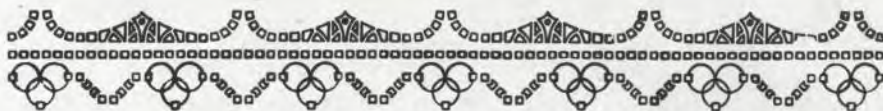
Fué el espíritu de San Francisco quien preparó aquel abrazo de Colón con la Cruz. Salamanca, el primer centro científico del mundo en aquella época, negó a Colón el auxilio que encontró en la Rábida.

Para la gloria de la Rábida le basta haber sido el nido en que se fundieron la ciencia y la fé, las dos bases inmovibles de nuestra raza.

Para descubrir la América se necesitaban un pueblo que reuniese gran temple de alma, mucha fé y exaltado romanticismo: Ese pueblo era España. Sólo faltaba un alma soñadora, y ese fué Colón.

Ensalza el valor y esforzado temple que un pueblo necesitaba para lanzarse sobre el «Mar Tenebroso» sobre el cual circulaban terribles leyendas, del que se temía no regresar jamás, y aquellos hombres se lanzaron a la muerte por dar tierras a su patria.

Da la enhorabuena a los Franciscanos y termina diciendo: Hoy se repara una injusticia, devolviendo este Monasterio a los Franciscanos. Yo les pido que sigan ejerciendo aquí la virtud de la hospitalidad, como en los tiempos del P. Marchena.



DISCURSO
DEL
RVDO. P. FR. ANGEL ORTEGA
CRONÓLOGO DE LA ORDEN FRANCISCANA EN ANDALUCÍA

El P. Ortega, Cronólogo de la Orden, orador elocuentísimo, publicista, perfecto conocedor de la historia, crítico-documental de la Rábida, de la que ha publicado interesantes estudios que han servido en estos últimos años de base a cuanto se ha escrito, de algún mérito, y que prepara una edición completa de la misma, improvisó en el acto un sentidísimo discurso que produjo honda impresión en el selecto auditorio. Nos servimos para recomponerle de alguna manera, de los extractos publicados en la prensa, especialmente *Diario de Huelva* y *El Correo de Andalucía* y *El Noticiero Sevillano*, de Sevilla.

(N. DE LA R.)

SEÑORES:



ERÉ breve, porque no quiero deslucir la majestad de este acto, uno de los más cultos y trascendentales de cuantos se han celebrado en los históricos claustros de la Rábida; porque no quiero amenguar el interés y las impresiones que han sabido llevar a vuestras almas los oradores que habeis oído, y porque anhelo que a los hijos del Tinto-Odiel entusiasme una vez más el verbo elocuente del alma de esta región, los señores Siurot y Colombo Marchena.

El respetabilísimo P. Fr. Bernardino, ha hecho, como De-

legado, la presentación oficial de la Orden; yo os hablaré en voz y nombre de la historia de la Rábida...

(Con palabra vehemente se apodera de la atención del auditorio.)

Los diferentes pueblos, todas las civilizaciones, a su paso invasor por el suelo de la patria, han dejado en este lugar un vestigio, cual si vislumbrando los destinos altísimos que había de cumplir en la historia de los siglos venideros, quisieran legar grabados indeleblemente su sello, su fisonomía y hasta su predominio trascendental... El *Rus Baal* de los fenicios, que importaron el comercio, de los tiempos fabulosos; el *Fano de Proserpina, diosa de la rabia*, de los romanos, que nos dieron la lengua y el derecho; la *Rabita* de los árabes que dejaron aquí las huellas de su arte, en el doble ciclo legendario de trece siglos; el Santuario cristiano de la Virgen, con sus mártires de la fe, protesta contra las fiestas *Iupercales* del paganismo; sus monjes mozárabes, afirmación del Cristianismo contra el Islam; los Templarios, garantía de la fuerza por las armas; el mismo San Francisco, encarnación del Evangelio, bendiciendo con su amor seráfico este lugar, que tan poética, tan elocuentemente, nos describía el señor Monge Bernal,... todo eso que forma en torno de la Rábida, la triple gasa dorada de la fábula, la leyenda y la tradición, son otros tantos testimonios, otras tantas pruebas...

Los caracteres étnico-sociales de Grecia, de Roma, de Africa se refunden a su paso en la hegemonía de la nación, dejando en ella sangre y tradiciones, pero no el alma, que esa ya la tiene propia... Así en esta Rábida hay leyendas de civiliza-

ción, reminiscencias de arte, recuerdos de nombre... pero el alma, su alma es toda de España. (*Aplausos.*) Por eso es inútil buscarla en el mar revuelto de las invasiones extranjeras; la



R. P. ANGEL ORTEGA

verdadera Rábida se halla entre los pliegues de la historia patria... Y de entre esos pliegues surgió un día, humilde y grande, serena y entusiasta; voz y representación de la raza, que

depositando con sus manos el alma española en las naves de los hijos del Tinto, el gran Pinzón de Palos, Niño de Moguer..... iluminó con nuevos destellos de luz el pensamiento, alentó con esfuerzos de héroe el corazón de Colón, para que la llevara triunfante y gloriosa al ignorado, al inmenso, al Nuevo Mundo de América, donde... (Los aplausos ahogan las últimas palabras del orador.)

La Rábida apareció por vez primera en la historia, cuando las razas se han fundido en este país, cuando alborea la nueva época de un renacimiento grandioso de la fe y de la patria, en la primera mitad del siglo XV... Y aparece con el sello que siempre le ha de caracterizar; Convento de la Orden Franciscana...

Las bulas pontificias, de Benedicto XIII, el antipapa Luna, reconocido a la sazón en Castilla, legalizando la situación canónica de la primera Comunidad, 1412, regida por un hombre ilustre que se llamó Fr. Juan Rodríguez de la Rábida, y de Eugenio IV, 1437, impulsando las obras arquitectónicas, este claustro que nos cobija y aquella iglesia en la que hemos orado; los mismos, en idéntica estructura, que oyeron y cobijaron a Colón... son las Cartas Fundamentales de la Rábida...

(Explica los principales caracteres que informan la historia de la Rábida, desde el primero, de la vida religiosa interna, hasta el último, trascendental, que representa la relación íntima y perdurable de la raza hispano-américa; siendo muy aplaudido.)

Es una historia gloriosa, inmaculada; ningún borrón mancha su faz límpida; ninguna gota de sangre, ninguna lágrima

de dolor humano, destilan estos muros... Este es el Santuario de la paz y del amor...

Santuario de la paz y del amor: Convento; aquí ha reinado el Evangelio, no porque San Francisco santificase este lugar con su presencia, sino porque le bendijo desde el cielo, en sus hijos. Aquí se han santificado hombres, arrancando lágrimas de los ojos y sangre de las venas,... pero de la oración y de la penitencia de sí mismos, no de los demás... Santuario de devoción popular, por la Virgen de los Milagros; fué el centro de la fe, de las costumbres, de toda la vida de esta comarca... Aquí aprendieron vuestros padres el tesoro de la tradición religiosa que os legaron, como el primer timbre de gloria; y el amor al pueblo natal para darle independenciam, libertad, vida propia,... cuando las coronas feudales dominaban el territorio de las villas ribereñas, y aún pretendían sojuzgar las aguas del mar; y el amor al trabajo de los campos, y al dominio de los mares... porque todo eso era la Rábida; templo de la religión para las almas, y escuela en que se formaron los grandes marinos de estos esteros, únicos en el mundo que pudieron acompañar a Colón en el descubrimiento de América.

Santuario de paz y de amor: lugar de refugio contra los piratas que infestan estas playas; desde su atalaya, anuncia la cercanía de las galeras corsarias. Los libros de Actas de vuestros Ayuntamientos están llenos de estos recuerdos y de esta misión de la Rábida, hasta el siglo XVII, y yo guardo entre mis apuntes interesantes notas: asilo de hospitalidad; los perseguidos, los caminantes, el menesteroso hallan aquí albergue, pan, sincera amistad: casa rica, y no os extrañeis, porque la

Rábida en el siglo XV, era señora y dueña de esas islas de Saltes y de estas tierras que rodean el Convento; pero las daba en arrendamientos irrisorios a pobres labriegos; yo poseo actas originales de esos contratos... y un día los buenos frailes de la Rábida tuvieron escrúpulo, y con razón, de poseer; ellos que hacían voto de pobreza, islas enteras, aunque sólo fuera de nombre, mientras había muchos que no tenían ni un grano de arena... y en un acto que estimaron de suprema justicia social, devolvieron gratuitamente la tierra fecunda al pueblo trabajador. (*Muy bien.*)

(Entona un himno a la pobreza Franciscana, que desprecia todo lo que es de la tierra y sólo busca el amor de Dios y la paz de su alma.)

Santuario de paz, de amor: Colón llegó un día a estos umbrales en busca de eso; de paz para su alma, de amor para sus proyectos, y de hospitalidad para él y su hijo... y lo halló; encontró aquí lo que en vano buscara en las cortes de los reyes, en los palacios de los magnates y en las academias de los sabios... Fr. Juan Pérez fué el primero que abarcó todo el pensamiento de Colón, pero concretándole a principios cosmográficos; todo el sentimiento de Colón, pero animándole, en las confidencias del corazón sinceramente franciscano; pero dándole forma y vida y eficacia en la teoría científica y en la práctica de los hechos...

(Explica cómo la Rábida y Colón se compenetran, y define las personalidades de Fr. Antonio de Marchena, Custodio de la de Sevilla, después Vicario Provincial de la de Castilla, y de Fr. Juan Pérez; el genuino representante de la Rábida, sobre

cuyas particularidades anuncia nuevos e interesantísimos documentos.)

Señores; Colón llena la Rábida con su nombre y con su figura excelsa; por eso tiene ahí, en la esplanada, el soberbio monumento, homenaje de la patria; Fr. Juan Pérez, aquí, dentro del claustro, en su celda, es tan grande como él... Yo pido para Fr. Juan Pérez un humilde tributo, un sencillo monumento que le recuerde perpetuamente... (Algunas voces del público: ¿Y Pinzón?) Pinzón, sabía tanto como Colón y, acaso, era mejor marino. Sin él, las naves no se hubieran equipado, y mucho menos llegado a América; yo no creo las rebeldías de los marinos de Palos, aunque lo constate el *Diario* de navegación, como no creo en las supuestas tiranías de Bobadilla;... Fr. Juan Pérez es el amigo íntimo de Pinzón y le permanece fiel aun después que ha perdido la gracia del Almirante; sus restos mortales, probablemente, seguramente, descansan dentro de la Rábida... diría que Pinzón es el acólito, en el más alto sentido de esta palabra, de Fr. Juan Pérez... Vosotros habeis dedicado una lápida en la iglesia de Palos al gran marino; aquí, en el monumento, tiene el recuerdo de su nombre grabado en letras de bronce... En nombre de Pinzón, yo pido un recuerdo para Fr. Juan Pérez... (Voces del público: Sí, sí. Muy bien:) (Se dirige al Sr. Rucker.)

Monseñor; habeis traído a este acto la voz de la hermana América... Cuando allá volvais, contad la epopeya de la Rábida; contad la pobreza de estos claustros, que se quedaron pobres porque dieron cuanto tenían y ningún oro aceptaron del Nuevo Mundo,... decid allá que cuando los frailes de la Rábida

lo dieron todo, ellos mismos se hicieron los primeros esclavos, para que los pobres indios fueran hijos libres de Dios y de España... Que la hermana América se asocie a España en el humilde homenaje al humilde apóstol y alma en este lugar del descubrimiento... (Hace demostraciones de asentimiento.)

Otro recuerdo pido para el Sr. Velázquez Bosco, cuya presencia me impide mayor elogio, pero cuyo nombre irá siempre unido a la restauración de la Rábida... Los hijos de San Francisco le dedicaremos una lápida...

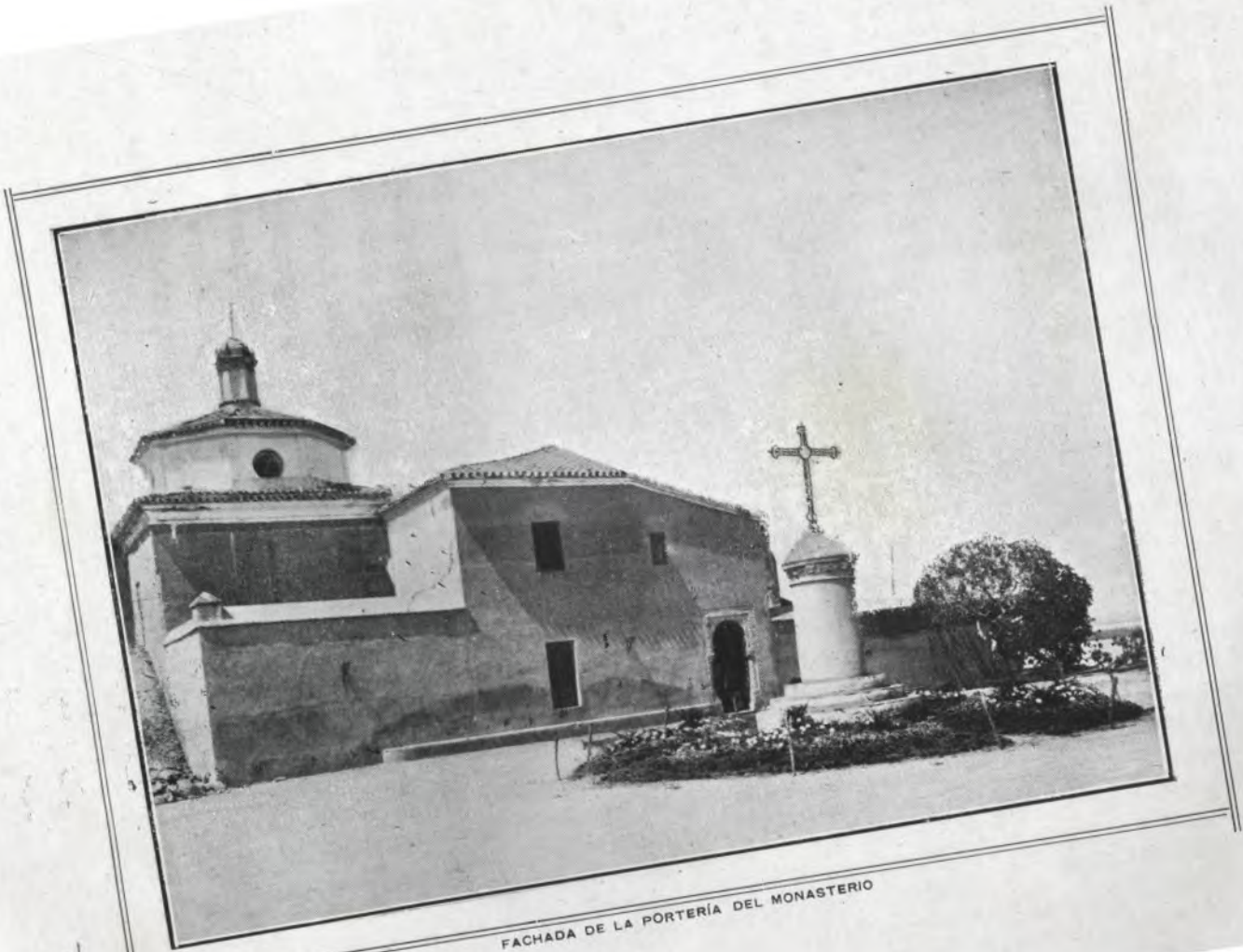
Voy a concluir, señores, porque hace mucho tiempo que estoy abusando de vuestra benevolencia. (*No, no.*) Pero estoy faltando a mi promesa. Si quereis que continúe la historia de la Rábida, os lo prometo en un libro... Es fuerza que acabe.

Nos decía el señor Hazañas, con la bondad de su alma, más grande aun que el prestigio de su nombre, con ser tanto, que ya puede volver otro Colón, porque encontrará en la Rábida, algún P. Marchena y muchos Fr. Juan Pérez...

No somos los Franciscanos, no representamos, la influencia del oro, ni de la política... somos los hijos de la pobreza y del amor del Seráfico San Francisco. Traemos esas virtudes a la Rábida, porque venimos aquí en virtud de los derechos de la historia y de todos los sentimientos que brotan del alma franciscana. Sí, en la Rábida, que si es gloria de España-América, es honra, hechura y amor de la Orden, se eslabona hoy, en la cadena del tiempo, la tradición de la historia... Los nuevos moradores honrarán la memoria y el nombre de nuestros antepasados... Será el Santuario perpetuo de la paz y del amor...

No recuerdo quién ha dicho que ésta es la cuna del des-

cubrimiento de América... La amaremos, la cuidaremos como se ama y se cuida la cuna de la infancia; la rodearemos de todos los recuerdos del pasado, de todos los lazos que unen, del presente; de todas las esperanzas y anhelos que tienden al porvenir; la daremos a besar como reliquia sagrada, a los hijos hispano-americanos, para que ante ella cesen para siempre todas las diferencias de familia; para que las naciones de una misma raza, de una misma lengua, de unos mismos intereses, se sientan eternamente hermanas, y marchen, unidas, heroicas, al cumplimiento de la misión que tienen trazada por la Providencia en la historia de la humanidad. (*Aplausos.*)



FACHADA DE LA PORTERÍA DEL MONASTERIO



DISCURSO

DEL

SR. DON MANUEL SIUROT



oy es día de grandes complacencias porque han vuelto a nacer en la Rábida las florecillas de Asís.

Bienvenido seas, hermano San Francisco. Los hombres románticos te recibimos como una caricia de la santa poesía, como una estrofa que ha llovido del cielo, y la hemos encontrado con los colores brillantes de los iluminadores de pergaminos sobre un códice viejo de los tiempos de oro. ¡Bienvenido seas, porque eres el Evangelio hecho caridad, fraternidad y pobreza.

Tú, que llamabas hermanos tuyos a todos los seres de la creación, desde el sol que alumbra los cielos hasta el pobre gusanillo de la tierra y mereciste por tus altísimos amores que la Divinidad grabara en tus pies, en tus manos y en tu pecho las señales victoriosas de Jesucristo en la cruz; tú que has iluminado la edad media con la luz de tus ojos y perfumado con tu santidad la centuria décima-tercia, de tal modo que le pegas al Dan-

te la calentura de tu alma y él te mete en la gloria del libro incomparable, y el Giotto patriarca de la pintura vieja besa el sayal franciscano, y en aquel nido de palomas de Asís te pinta en frescos que son el orgullo de la historia del arte; tú que has robado el corazón a Italia, a Francia y a España, y has bautizado el siglo XIII con una sola palabra, amor; al XIV con otra, arrepentimiento; y en el XV has desenvuelto tu personalidad, apareces completamente maduro, cuando mi patria, madura también, acaba de poner el pie victorioso en la cima de sus aspiraciones religiosas y nacionales. Porque España, señores, ha hecho una gimnasia de ocho siglos en su pelea con los árabes para tener firme el brazo, fuerte el carácter, dulce el corazón y abnegada la voluntad y emplearse entera como una herramienta que Dios ha venido preparando para roturar con ella las almas y los cuerpos vírgenes del Nuevo Mundo... Y entonces, cuando los hijos de San Francisco y los hijos de Isabel I están preparados, aparece el nauta enviado por Dios e ingertando los elementos de su ciencia en la fe vidente del Guardián de la Rábida, surge en las perdidas soledades del mar el milagro de América, como una creación esplendorosa de la fantasía, mientras que el planeta tierra tiembla de amores y emoción porque una mitad de su redondez va a alumbrarse por vez primera con los resplandores de la cruz de Cristo y de la ciencia española.

A mí me tiene completamente ganada la voluntad ese periodo de nuestra historia que se refiere a la conquista y civilización de América. América es España trasplantada a miles de leguas y reproducida en toda la gama de su varia fisonomía espiritual, por aquel continente tan grande, que abarca todos los cli-

mas y todas las zonas, pues no parece, sino que el árbol secular de España ahondó tanto sus raíces en su afán codicioso de nobilísimas reproducciones, que ni el mar inmenso fué un obstáculo a su vitalidad difusiva, porque debajo de los abismos atlánticos fueron sus tentáculos radicales hasta romper por tierra americana, por las Pampas, por los Andes, por el Amazonas, por las islas, del Golfo, por el Misisipí, por la California, con tan exuberante fecundidad que no hubo un centímetro de la tierra nueva que no recibiera el influjo benéfico de la sombra de la Patria, vieja sí, y por eso rodeada de sublimes prestigios; vieja, pero sentada en el trono augusto de las austeridades históricas, con más derecho que nadie; vieja, pero eternamente remozada por los jugos vitales de su genio inmortal.

Y al tratar de dar culto a la Patria en la recordación de nuestros grandes civilizadores de América, acuden presurosas a la imaginación mil figuras, cada una de las cuales ennoblecería a un pueblo; y vienen aquellos hombres que hicieron la conquista de Méjico, y los extremeños que fueron al Perú, y Alvaro Núñez, y Andrés Docampo con sus expediciones increíbles, y Balboa con sus glorias pacíficas, y Oñate vencedor de la guerra de la Roca, y Fr. Juan de Padilla, mártir del Kansas y Orellana que rompe con la proa de su piragua los secretos misteriosos del Amazonas, y Solís los del Plata; son tantos y tantos más, que golpean fuertemente en mi corazón, reclamando sus derechos a la inmortalidad; pero en la contemplación de tanta grandeza mis ojos se han enamorado hoy de la humildad de San Francisco, que descalzo los pies, penitente la cabeza y el cuerpo envuelto en pobre ropaje, va atravesando el Atlántico sin

más velas en el navío de su espíritu que las dos alas blancas de su caridad, bendita, con las cuales piensa el Santo vencer todas las dificultades y enseñorearse de todos los abismos.



SR. D. MANUEL SIUROT

Ya está el fraile en América. La crítica moderna ha tenido que reconocer que no hay nada comparable en la historia, a la gestión de los frailes españoles en el Nuevo Mundo.

Yo he visto a San Francisco ahogarse en las lagunas tropi-

cales, y morir de sed en los desiertos americanos, al correr con afán infinito tras la redención de las almas. Yo lo he visto perdido en la manigua, acosado del hambre y de la fiebre, y muchas veces vi desaparecer su cuerpo entre los anillos escamosos de las serpientes del Ecuador. Yo lo he visto aprender con una paciencia sin igual los bárbaros idiomas de los aborígenes de América, para ir de tribu en tribu y de rancho en rancho, predicando la buena nueva de Jesucristo y España, sin más esperanzas humanas que las ingratitudes de los indios; porque casi siempre terminaban estas misiones, donde el apóstol ponía todos los estímulos de su vida, con la traición de los cobrizos, derramando la sangre del mártir, que sabía morir bendiciendo su martirio con una sonrisa definitivamente triunfante, que era como una señal adelantada de la gloria de Dios.

Y esta lucha terrible de evangelización no es el sacrificio pasajero de un momento de arrebato por una idea, sino que dura siglos y siglos; porque es una verdad indiscutible, que desde los fríos del norte a los fríos antárticos, desde los picachos de las cordilleras hasta las llanuras por donde discurren los grandes ríos americanos, no hubo lugar, ni día, en que el fraile no levantara iglesias, construyera escuelas y difundiera conocimientos útiles, mientras enseñaba a leer y a rezar a millones de hombres, dando una cátedra ambulante de amor a España que debía servir de ejemplo a tanta y tanta lengua difamadora de la Patria; porque todos aquellos éxtasis arrebatados y deliquios amorosos y lágrimas divinas que vieran las celdas franciscanas en los tres siglos primeros de la Orden, se han recogido por

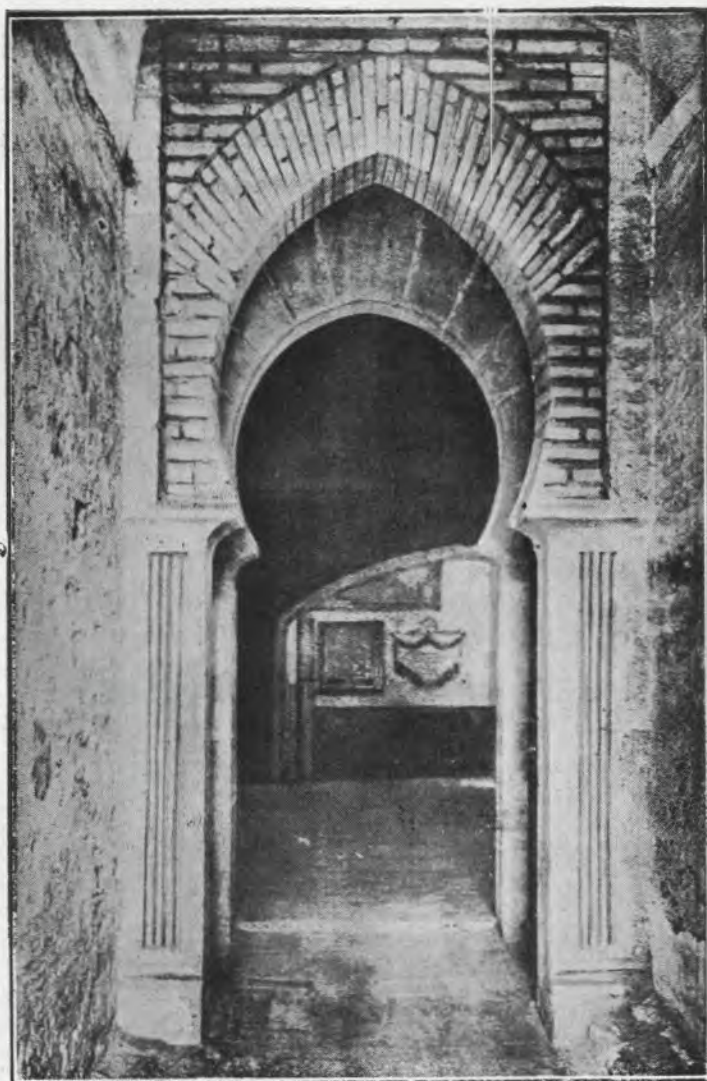
Dios en el cáliz del dolor y se están vertiendo en el Nuevo Mundo, como una traducción del misticismo a la obra, como la evolución de una idea, que porque nace en las embriagueces del amor divino y concluye en los sacrificios del amor al prójimo, puede calificarse en la más alta categoría de las concepciones humanas.

San Francisco ha encontrado en América, a sus hermanos Agustín de Hipona, Domingo de Guzmán e Ignacio de Loyola, que como él han ido a las tierras nuevas a agrandar la geografía de las almas; porque si bien es cierto, que Hernán Cortés con su bravura, Pizarro con su genio, Valdivia con su pericia y Vicente Yáñez con sus arrestos, han conquistado los cuerpos y las tierras de los indios, la conquista de las voluntades y las almas fué una obra del amor; y así, cuando la mercancía espiritual era remitida desde América al cielo, o a la comunión amorosa de la patria, los remitentes eran los agustinos, los dominicos y los jesuitas, pero en todo caso, fué aquella precintada con el cordón simpatiquísimo y popular de San Francisco de Asís.

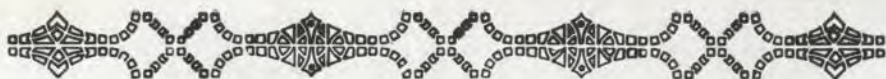
¡Bienvenido seas, hermano San Francisco!

Estos pueblos que aprendieron a remar en el Tinto, en el Odiel, en el Piedra y el Guadiana, te reciben con cariñosa simpatía. Los hombres de ideas cuando suban, la mañanita del 3 de Agosto, la cuesta de este Monasterio al ver discurrir por sus jardines las venerables siluetas de los Padres, sentirán latir apresuradamente el corazón, porque va a parecer que la historia da un salto atrás de cinco siglos, y vamos a creernos en presencia de la misma gloriosa mañana de la expedición memorable. Y los pobres maríneros en las noches de tempestad, cuando con

la vida en peligro, vean desde el mar irritado, las luces de la Rábida, sentirán el consuelo de la esperanza, porque saben que allí, en aquel sagrario, donde comulgaron los abuelos descubridores está Jesús, y delante de Él, un fraile, que con la rodilla en tierra y los brazos en cruz pide al Dios que manda en los vientos y en las tempestades, que tenga misericordia de las pobres víctimas del trabajo, héroes silenciosos de la vida.



PUERTA DE LA IGLESIA, DESDE EL PATIO DE LA HOSPEDERÍA



DISCURSO

DEL

SR. D. JOSÉ MARCHENA COLOMBO

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD COLOMBINA DE HUELVA



En la continuación usó de la palabra el Sr. Marchena Colombo, Presidente de la Sociedad Colombina de Huelva, cuyo discurso no nos ha sido posible conseguir, porque el orador nunca los pasa a las cuartillas. He aquí sus principales conceptos:

Hace historia de los trabajos realizados por la Sociedad Colombina, que organizó las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento y contribuyó no poco a la restauración del Monasterio.

Dirige un saludo a los Franciscanos, diciéndoles: Como católicos y como artistas os echábamos de menos. Vosotros aquí restauráis el ambiente colombino; y recordad que esto es el estuche de la tradición que España y Huelva os devuelven, para que perpetuéis su memoria.

Saluda en nombre de la Colombina a los Prelados, a quienes pide apoyo para unir sus trabajos a las oraciones y a la actividad de los Franciscanos, y termina con otro saludo a las mujeres de Moguer y Huelva.



VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE LA RÁBIDA



DISCURSO
DEL
EMMO. SR. CARDENAL ALMARAZ
ARZOBISPO DE SEVILLA



REVE, pero elocuente, fué el discurso que pronunció el Emmo. Purpurado, quien, aunque el numeroso auditorio no daba muestras de cansancio, antes bien, seguía oyendo con gusto y con el mayor entusiasmo a los oradores, sin embargo, teniendo en cuenta lo prolongado de la sesión y el número de los discursos, levantóse diciendo:

Como Prelado de la Diócesis, dos palabras nada más, porque no quiero deteneros. Propongo en primer lugar, y creo interpretar los anhelos de todos, que hoy se dirija—yo lo haré desde Sevilla—un telegrama a Su Santidad dándole cuenta del acto solemne y grandioso que hoy se celebra en este Santuario, y expresándole nuestra adhesión con motivo de esta fiesta religiosa y patriótica; y otro al Rey, participando a Su Majestad la celebración de este magno acontecimiento. (Una salva nutridísima de entusiastas aplausos acogió esta doble propuesta del Prelado.)

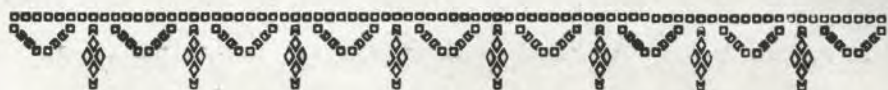
Afirma que la gloria de Colón, como ya dijo el Papa León XIII con ocasión del IV Centenario, es ante todo de la Iglesia Católica que hoy bendice esta fiesta: *Columbus noster est*: Colón es nuestro, como hijo de la Iglesia Católica...

Los Pontífices de Roma—prosigue,—intervinieron con gran paternidad en la civilización de América...

Saluda y felicita a los Franciscanos, recordándoles, que si son muchos los méritos de su Seráfica Orden, también son muchas sus preeminencias; porque sois,—les dice—los custodios de los más excelsos cenáculos del mundo; el de Oriente, en Jerusalén; el de Occidente, en la Rábida: Los dos puntos de donde han partido las grandes corrientes de la civilización.

Termina vindicando a los salmantinos de su supuesto desvío hacia el descubridor.

Como salmantino, pido un recuerdo para el gran Dominico, mi paisano, Fr. Diego de Deza, Obispo de Palencia, como yo; Arzobispo después, como yo, de la Diócesis de Sevilla, a quien el propio Cristóbal Colón lo cita, y en una carta a su hijo Hernando Colón, le dice, que a Fray Diego se debe principalmente el descubrimiento de América.



DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. RAGONESSI
NUNCIO DE SU SANTIDAD EN ESPAÑA

EMMO. SEÑOR:

EXCMOS. SEÑORES:



os años hace, invitado cortesmente, y ansioso de satisfacer antiguos deseos, saliendo del puerto de Huelva, vine una tarde a visitar este celebérrimo Convento: y durante la breve travesía ¡cuántas emociones nacían en mi alma a medida que a él me acercaba!

Allí,—pensaba yo—dentro de aquellos muros, el espíritu cansado y abatido del peregrino genovés encontró consuelo, amparo y amorosa hospitalidad.

Allí la sublime concepción, la más sublime de cuantas han nacido en humano entendimiento, examinada y discutida por asambleas de sabios y filósofos, y por filósofos y sabios desechada y aun escarnecida, recibió forma concreta y solemne consa-

gración, para que la hicieran suya el gran talento de Fernando, y el corazón más grande todavía de la excelsa Isabel.

La expedición más famosa entre todas las expediciones heroicas y legendarias, zarpó de allí, de aquellas afortunadas riberas.

Allí, en esa humilde Casa Franciscana, tuvo su cuna el acontecimiento más grandioso que han contemplado los siglos, si se exceptúa la más divina de las obras divinas, la Encarnación de Dios y Redención del humano linaje.

Un poco más adelante, yo seguía meditando: Fué aquí, en este golfo, donde para celebrar el cuarto centenario del día venturoso en que salió de los mares radiante de hermosura la virgen América, se dieron cita las naciones civilizadas.

No fueron a expresarse su mutuo regocijo en la Corte de España, que por tres centurias con tan sabia prudencia había gobernado a las Naciones Americanas.

No buscaron, para manifestarse sus congratulaciones, a la poética Granada, en cuya encantadora vega se sancionó la providencial empresa.

No fué la nobilísima ciudad condal, donde Colón celebró el triunfo, el lugar escogido para la solemnidad internacional.

No: había de ser en este puerto legendario, para honrar al bendito asilo de la Virtud y de la Ciencia, donde los Pueblos, representados por sus escuadras, lanzasen voces de aplausos al Pueblo español, se congratulasen con América, y glorificasen a la Providencia munífica del Dios que dirige la marcha de los acontecimientos humanos.

En presencia de la Rábida me parecía asistir a la más con-

movedora de las dramáticas despedidas, en el abrazo que la seráfica familia daba al gran vidente y a los magnánimos Pinzones, me parecía ver el beso de Madre que España enviaba a los hijos del Nuevo Mundo, y en el adiós con que los moradores de estas riberas saludaban a los marinos mientras desplegaban las blancas velas, me parecía vislumbrar la expresión de fraternal amor que los Españoles enviaban a los desconocidos hermanos de ultramar.

Y como resultado de tan épica despedida, tres siglos de dichosísima unión política, social y religiosa entre la Metrópoli y aquellas inmensas comarcas, se me presentaban a la imaginación. ¡Qué flujo y reflujo de elementos civilizadores entre los países de aquende y allende el Océano Atlántico! ¡Cuántos beneficios conferidos al Nuevo Mundo, y qué espléndidas retribuciones del Nuevo al antiguo Continente!

Hay que ir a América para completar la Historia de España, como hay que venir a España para entender la Historia de América.

La inmensa labor de España, que yo en América, sobre el teatro mismo de los hechos, pude admirar: el heroico atrevimiento de sus marinos y conquistadores; el portentoso apostolado de sus misioneros; el genio de sus colonizadores; la sabiduría de sus leyes; el industrioso sistema educador e instructivo de sus maestros; la florecencia de cultura y prosperidad con los nuevos campos abiertos a la Geografía, a la Historia, a las Ciencias, a las Artes, a la Poesía y a la Religión, particularmente a la Religión: todo esto, que en mis largas expediciones americanas había contemplado con asombro, me pareció verlo bro-



LA VIRGEN DE LOS MILAGROS O DE LA RÁBIDA

tar de este humilde Convento, como de la pequeña semilla brota el roble que, desarrollándose con lozanía, levanta su copa al cielo y cubre la tierra con su inmenso ramaje.

Empero, si en el corto viaje a este Monasterio tales reminiscencias me llenaban de alegría, ya dentro de sus añejos muros, la realidad, mudando la escena, hizo mudar por completo el estado de mi espíritu: los corredores silenciosos, los patios desiertos, las celdas vacías, solitaria la Iglesia... ¡qué imagen tan diversa me ofrecían de lo que fué aquella espiritual y benéfica mansión! En vez de la salmodia de Religiosos, el canto triste de aves agoreras; ninguna plegaria a la Virgen de los Milagros; ningún coloquio que evocara el diálogo de los Padres con Colón, aquel idilio del cual se originó la epopeya americana. ¿Adónde han ido, me preguntaba yo, los ilustres herederos de los Pérez y Marchenas? ¿Por qué abandonaron su morada predilecta?

¿Sería acaso que, al separarse de la Metrópoli las jóvenes naciones hispano-americanas, la Rábida se sintió desfallecer? ¿Sería tal vez que, sintiéndose lazo de unión entre la Madre y las Hijas, le pareció que aquel rompimiento destruía la razón de su existencia?

Empero, ya las Hijas vuelven, con afecto cada día mayor, a los brazos de la Madre Patria, reconociendo los inmensos beneficios de ella recibidos: y ella, amorosa, les sale al encuentro, feliz de reconstituir una sola familia.

¿Por qué, me decía yo, los monjes no tornan a dar nueva

vida a este Monasterio, con sus estudios que iluminen los campos de la Ciencia, y con sus plegarias que, subiendo al cielo como nube, desciendan convertidas en fecundante rocío?

Y ¿no fué por ventura un Padre Franciscano quien primero tuvo la intuición del Nuevo Continente? ¡Quién sabe si el Padre Marchena cuando recibió al errante visionario tenía presentes las páginas inspiradas de Raimundo Lulio!

Y ¿no fueron los Franciscanos quienes después de franquearle la entrada de este Monasterio al peregrino genovés, le abrieron la puerta del regio Alcázar, para allanarle el camino hacia el Nuevo Mundo?

Pensaba que sin la persuasiva palabra de los Franciscanos de la Rábida, no se hubiera encontrado tripulación para acometer en el tenebroso mar tan azarosa empresa, que oscilaba entre la esperanza de grandes recompensas y el peligro de la muerte.

¿No fueron Franciscanos los primeros que dulcificaron la conquista y la abillantaron con obras cristianamente civilizadoras, escribiendo las más gloriosas páginas en la gloriosísima historia de España?

Todos estos y otros meritorios títulos me parecían reclamar a porfía el regreso de los abnegados hijos del seráfico Fundador. Parecíame que las piedras mismas de esta santa mansión lo reclamaban con misteriosa elocuencia. ¡Cómo, pues, el espíritu Franciscano no habría de volver a vivificar y animar el cuerpo de este desolado edificio!

De mi primera visita llevé, por tanto, hondamente esculpidas en el alma, tres distintas impresiones: la feliz evocación del

pasado, la triste realidad del presente y la esperanza de un risueño porvenir.

Invitado otra vez con exquisita finura, que no sabré bastante agradecer, torno hoy a este clásico Monasterio: vuelvo gozoso por ver realizada mi esperanza, y satisfecho de haber en algo contribuido al regreso de sus antiguos moradores.

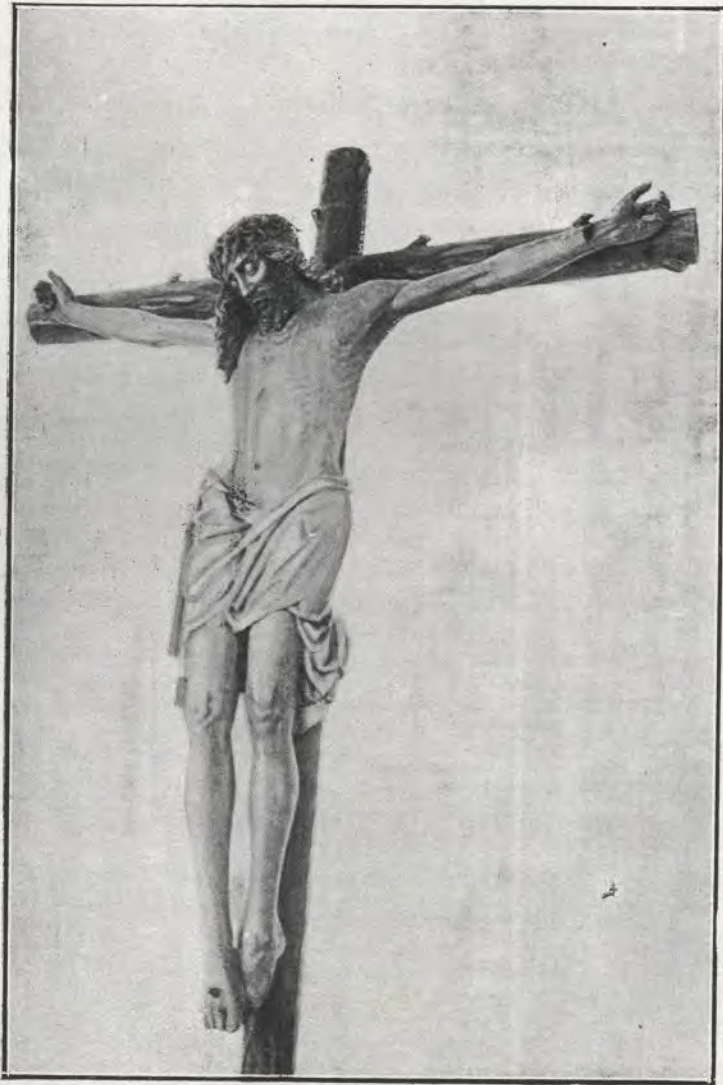
Hoy, dispada toda melancólica impresión de mi primera visita, no tengo sino un sentimiento, sentimiento de alegría: veo este Monasterio, no ya como antaño, cual cuerpo exánime, sino informado de su verdadero espíritu, que le da nueva vida. En otro día, no ví sino los muros de la Rábida, hoy veo la Rábida en todo su ser y esplendor.

Hoy es día de regocijo para toda esta comarca, para España y para América, quienes en la reapertura de este Convento ven restablecido el principal eslabón que las une con vínculos de maternal y filial amor.

De modo especialísimo, es día de plácemes para vosotros, queridísimos Padres, y para toda la ínclita Orden Franciscana, que vuelve a la posesión de uno de sus más insignes Conventos.

España es y se llama justamente madre de las Repúblicas hispano-americanas, no tanto por título de conquista, no tanto por mérito de colonización, cuanto por haberlas regenerado religiosa y civilmente en Jesucristo: regeneración que, podemos decir, tuvo la fuente bautismal en este Santuario.

Hoy la historia de la Rábida, interrumpida por larga épo-



EL CRISTO (DEL SIGLO XV)

ca, empieza su nuevo curso, que será tan benéfico como en la edad pasada.

Este *no será un Convento más*: será un Convento que por disciplina canónica, por virtudes evangélicas y apostólicos trabajos, resplandecerá como luminosísimo faro, irradiando el genuino espíritu del Serafin de Asís.

En tanta oposición y lucha de ideas, de sentimientos, de teorías, de sistemas, de acciones individuales y colectivas y de toda clase de elementos, que, movidos ya por la vanidad y la soberbia, ya por la codicia, ya por el frenesí de los placeres, y siempre por el egoísmo, el bárbaro y antisocial egoísmo, se agitan sin cesar, y sin cesar chocan y combaten entre sí como los átomos en el caos, no puede traer orden y armonía para salvar a la Humanidad sino el espíritu de San Francisco, que es el espíritu mismo de Cristo: espíritu de verdad y de justicia, espíritu de amor y abnegación, espíritu de paz y de concordia, espíritu que hermana a los hombres con una sencillísima fórmula: «menos exigencias de derechos y mayor cumplimiento de deberes.»

Este Convento será *Templo de la fraternidad hispano-americana* donde se rinda tributo de amor y gratitud a la madre Patria y a su excelsa Patrona la *Inmaculada*.

No pasará largo tiempo y el histórico puerto de Huelva constituirá uno de los emporios más prósperos a que ofrezca homenaje el Atlántico. ¡Qué corrientes de inmigración, qué muchedumbre de viajeros desembarcarán en sus privilegiadas costas!

Todos los Pueblos hispanos de América vendrán aquí a depositar sus coronas. Vino ya la próspera República Chilena,

que veo representada por el sabio Dr. Rücker; viene hoy mi amadísima Colombia representada por su preclaro hijo el Doctor Rivas Groot; y así vendrán las demás naciones, y todas a porfía vendrán, por medio de conspicuos representantes, a retemplar su alma.

En tan delicioso sitio, propicio al recogimiento religioso lo mismo que a los estudios y trabajos intelectuales, ¿no se podría, con el concurso del Estado, de los sabios, los nobles y los pudientes, fundar una gran Biblioteca donde se hallase todo lo publicado durante cuatro centurias sobre el descubrimiento, la conquista y las obras civilizadoras en el Nuevo Mundo?

Será este Monasterio, tal es mi ardiente voto, *arca de concordia* de la Raza Española. Los nuevos Pérez y Marchenas trabajarán con sus plegarias y con su ciencia, para que se estrechen cada día más las fraternales relaciones entre los pueblos hispano-americanos y la Madre Patria, de tal suerte que se forme una sola espiritual familia.

Y pues el augusto Joven que hoy se sienta en el trono de Isabel y de Fernando, tan afectuoso interés muestra por los Pueblos a quienes España llama sus hijos, felicitémonos al considerar que esa unión ve en el egregio Monarca su abogado y patrono principalísimo: Don Alfonso XIII reina por amor en todos los Pueblos de la América española.

Hace diez años, movido por estos mismos sentimientos, con ocasión de una fiesta nacional, pronunciaba yo en Colombia las siguientes palabras:

«Entre las instituciones que podrían perpetuar la memoria de las clásicas fiestas y darles fecundidad perenne, debería des-

collar un instituto que se levantara por acción concorde de las Repúblicas sur-americanas, a la sombra de la gloriosa España, que en este centenario se ufana y regocija, como nunca, al oirse llamar Madre por veinte naciones: es decir una Corte suprema de sendos Delegatarios, la cual con elevado criterio de justicia, equidad y conveniencia, dirimiese toda cuestión que entre ellas viniera a ocurrir en menoscabo de la paz pública, de la unidad de raza y de su nacional integridad» (1).

Tal es mi ardiente voto, que hoy con gran satisfacción reitero y pongo bajo el patrocinio de la Virgen de los Milagros, augurando que España y las Repúblicas hispano-americanas, unidas por una misma fe, un mismo idioma y unos mismos ideales, organicen sus fuerzas y las dirijan armónicamente al progreso particular y común de todas, y al mismo tiempo hagan oír al unísono su autorizada voz en el concierto de las naciones para bien de la Humanidad.

(1) Circular de Mons. Ragonesi a los Rvmos. Prelados de Colombia en el año de 1910.



LA VIRGEN Y SAN JUAN. (SIGLO XVI.)



EL REGRESO



MUCHA gente se vió imposibilitada de presenciar la velada literaria por falta de sitio; y para paliar esta contrariedad prolongaron la fiesta al aire libre, bailando y cantando hasta muy avanzada la tarde, en que empezó el desfile, regresando en alegres y aunados grupos a sus respectivos puntos de procedencia.

Muchas familias volvieron a pié o en coche a los vecinos pueblos de Palos y Moguer y embarcando otros en las lanchas que les habían traído, poniendo proa con rumbo a Huelva.

Algunos, más intrépidos, o queriendo disfrutar un poco más el día se alargaron el paseo marítimo hasta la barra, antes de regresar a Huelva, no atreviéndose a atravesarla por «mor» del oleaje.

A las seis y media de la tarde, y en un automóvil del señor Mora Claros, regresaron a Sevilla el señor Cardenal y el Marqués de Aracena.

Monseñor Ragonessi, su séquito, las autoridades y los in-

vitados regresaron en la misma forma que a la ida, hallándose de vuelta a las siete y media en nuestra población.

Muchos invitados regresaron a Sevilla en los trenes del día 26.»

La Religión y la Patria espera mucho y bueno de los abnegados hijos del Patriarca de Asís, sucesores dignísimos del glorioso Fr. Juan Pérez.

FRAY GILBERTO BLANCO ALVAREZ.

Agustino.

Huelva-Abril-1920.





¡...GRATITUD...!



RENEGARIAMOS de nuestra historia y dejaríamos de ser franciscanos, si, desde estas columnas no diésemos público testimonio de gratitud inmensa, de toda la que es capaz nuestra alma franciscana, y cuyos ecos deseamos que resuenen por doquiera, hacia todos los que de algún modo han cooperado a dar esplendor brillantísimo a estas fiestas franciscanas y españolas.

Gracias mil en nombre de los Franciscanos de Andalucía, en primer lugar a los Rvmos. Prelados Cardenal de Sevilla y señor Nuncio de Su Santidad, por el realce que con su presencia han dado a estas hermosas fiestas, honrando a sus hermanos los hijos de San Francisco.

Gratitud perpetua para con las dignísimas Autoridades civiles, militares, políticas y administrativas de Huelva y su provincia, que, con exquisita amabilidad ofreciéronse a los Padres Franciscanos en sus respectivos cargos.

Agradecimiento eterno hacia los elocuentes oradores que con su brillante palabra enaltecieron y panegirizaron las glorias

franciscanas entretegidas con la más sublime de las españolas; así como a los representantes y corresponsales de la prensa de Huelva, Sevilla y Madrid, que con sus acertadas descripciones han dado publicidad a estas solemnidades.

Y por último, nuestra gratitud perenne de una manera singular al dignísimo Alcalde de Huelva, D. Antonio de Mora, alma y vida tanto de los preparativos como de los éxitos de aquel solemnísimo acto, a quien, multiplicándose, veíase por todas partes resolviendo dificultades de todo género, a fin de que las fiestas alcanzasen toda su brillantez; a los RR. PP. Agustinos de Huelva quienes, desde el Rector hasta el último, uniéndose a los Franciscanos, han prestado todos los elementos culturales de que disponen y su Capilla de Música para la solemnidad con el mismo entusiasmo que si se tratase de una causa y fiesta exclusivamente suya: a los dignísimos Ingenieros Jefes de las Obras del Puerto, singularmente al Sr. Albelda que puso a disposición de las fiestas los vapores, gasolineras y demás elementos náuticos necesarios para conducir a la Rábida a tantos miles de visitantes; y, en una palabra, a todos los pueblos que con su presencia animaron y dieron realce a aquel sublime acto, que formará época gloriosa en los anales de la historia franciscana y española.



¡...LA RÁBIDA...!



A Rábida...! Monumento español de fama mundial será siempre el lazo de unión entre todos los pueblos ibero-americanos, porque en él se acogió y dióse calor a la «extravagante idea» del «sublime loco»: allí, amparados y protegidos por humildes frailes Franciscanos, maduraron sus proyectos soñadores; de allí partió aquel puñado de abnegados héroes que, tildados de locos, realizaron la empresa humana más gloriosa que registra la historia, volviendo al poco tiempo con las noticias y pruebas evidentes de la existencia de otro mundo, que ensanchó, hasta lo inmenso, las fronteras de la Madre Patria y engarzó a la corona de España la joya más rica y hermosa de sus conquistas.

Historia negra.

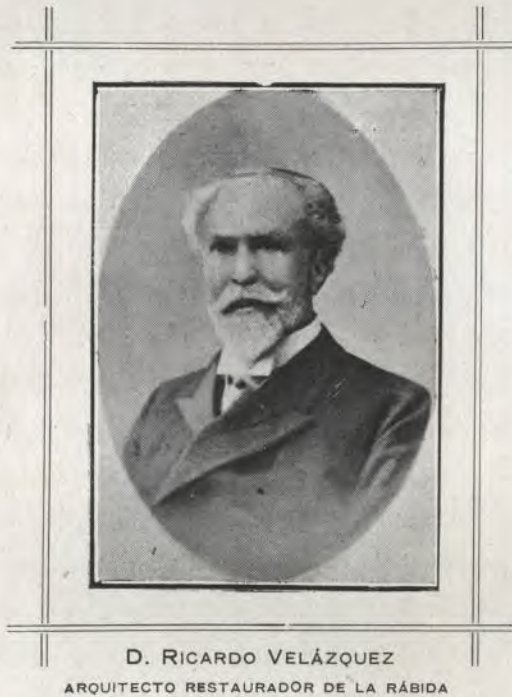
No obstante de ser la Rábida la cuna de aquella epopeya gigantesca y sin igual y el monumento viviente que recuerde a

todas las generaciones el heroísmo invencible de nuestros antepasados, podemos decir que existe como por milagro; porque la divina Providencia ha querido que se salve, a fin de que, así como antes fué el Santuario donde se trazó aquella colosal empresa que descubrió y unió a la corona de España mundos ignorados, así también sea hoy el lazo de unión de aquellos pueblos hermanos emancipados hace un siglo de la que fué su fecunda y gloriosa Madre.

Y decimos que existe como por milagro, porque, aparte de las consecuencias fatalísimas del «inmenso latrocinio» perpetrado en el pasado siglo, en que quedó abandonado totalmente y dedicado a veces a usos que lo iban destruyendo constantemente, hubo un Gobernador inconcebible,—y para que otro no pierda, bueno será sacarlo a la pública vergüenza, un tal D. José M.^a Escudero—quien consiguió una R. O. fecha 5 de Agosto de 1851, facultándole para destruirlo, ¡horror! ¿Qué mal le habría hecho el glorioso Monumento?

Gracias al sucesor de aquel bárbaro monterilla, al patriota e ilustrado Gobernador, D. Mariano Alonso Castillo que rotundamente se negó a cumplimentar aquella R. O., librándolo de la piqueta demoledora, y a las obras en él realizadas por el infante D. Antonio, y gracias, por último, a la Diputación Provincial y a la Comisión de Monumentos, pudo librarse de la ruina total y bochornosa para España entera a esa gloria nacional, que todo español debe mirar con cariño y veneración, porque fué la piedra fundamental de que a España le haya correspondido la gloria envidiable de realizar el descubrimiento del Nuevo Mundo.

No es nuestro intento el detallar aquí las diversas operaciones realizadas por el dignísimo y competente Arquitecto de Bellas Artes, Sr. Velázquez, hasta presentar el Convento lo más semejante posible al tiempo en que albergó a Colón. Bastará de-



cir que, en 1891, al dar principio a los preparativos para la celebración del IV Centenario del descubrimiento del Nuevo mundo, los restos del Monasterio estaban totalmente blanqueados y desfigurados, hasta tal punto, que apenas podían dar una idea de lo que fuera el edificio a últimos del siglo XV.

Al comenzar los trabajos y quitar la espesa capa de cal y mortero que cubría los pilares del Claustro principal, aparecieron éstos ochavados con sus basas y capiteles, todo ello de ladrillo agramilado, «morisco sevillano» del siglo XV.

Quitadas sucesivamente todas las capas de cal y de mortero en el resto del edificio, puestas en las obras realizadas en 1854-1856,—que si bien lo salvaran de la ruina, pero habían ocultado y desfigurado lo que quedaba del antiguo y glorioso Monumento—apareció casi todo lo que había quedado de la fábrica contemporánea al tiempo de Colón.

El Monasterio en la actualidad.

El Monasterio de la Rábida nunca fué rico ni suntuoso; fué siempre, aun después del Descubrimiento del Nuevo Mundo, un Convento retirado, pobre y humilde; porque, como muy acertadamente dijo en su discurso el P. Ortega, muchos se enriquecieron en aquella colosal empresa; pero el Monasterio de la Rábida no se enriqueció con el oro de las Américas.

No busquen, por tanto, en él los turistas grandes sorpresas artísticas, ni soberbias construcciones graníticas, ni profundas emociones por la presencia de maravillosas pinturas y esculturas, ni nada, en fin, que pueda causarles asombro ni admiración respecto a las artes suntuarias, como abundan en otros monumentos menos célebres en la historia patria.

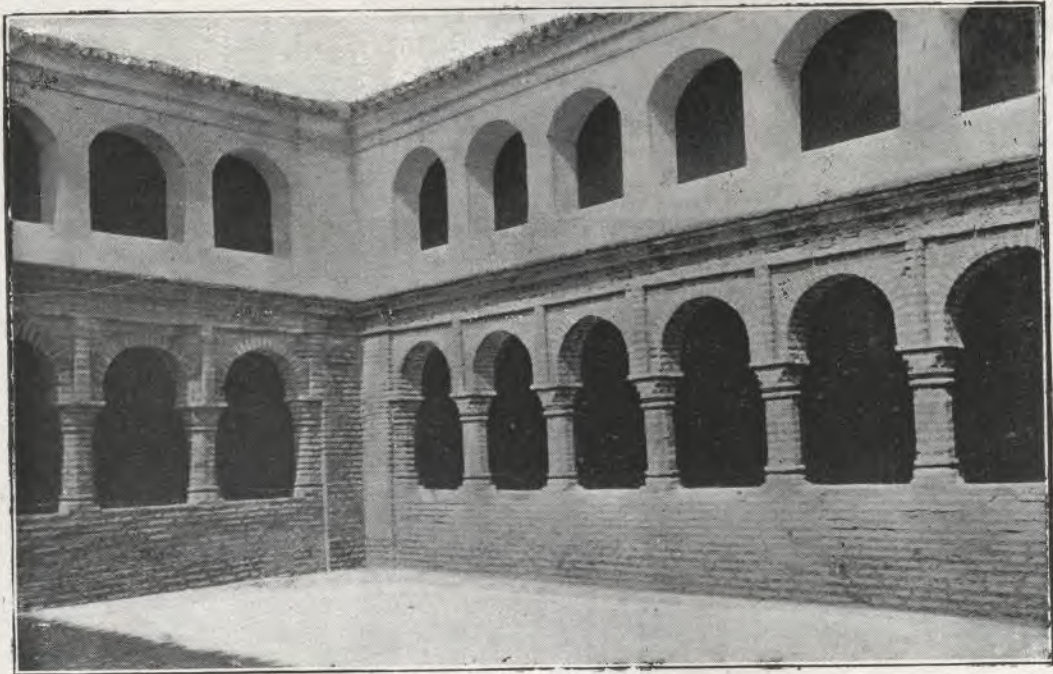
Lo que allí se siente son emociones intensas que llegan a lo íntimo del alma; que evocan el heroísmo legendario de nuestra raza; lo que allí se siente son nostalgias de algo que fué, de mu-

cho que se nos fué, quizás para siempre, mientras más nos extranjerizamos, el espíritu emprendedor de nuestros antepasados; lo que allí se siente es un orgullo y una satisfacción de ser español, y una pena honda, profundísima, al ver que hoy muchos se avergüenzan de serlo; lo que allí se siente son unas impresiones de respeto, rayanas en veneración, que mueve a muchos a besar aquella tierra bendita y a llevársela como sagrada reliquia, y una indignación fuerte y digna, al recordar el salvaje vandalismo cometido contra este relicario insigne de nuestra gloriosa historia.

Sin embargo, aparte de esas gratas y profundas impresiones y emociones de que el espíritu se satura, no está tan desprovisto de bellezas artísticas que no preste interés al turista; porque el monumento del siglo XV y aun fragmentos de épocas anteriores consérvanse casi completos, y por tanto dignos siempre de estudio por su antigüedad arquitectónica y decorativa para los amantes del arte, a quienes siempre gusta contemplar las obras y monumentos en su primitivo sabor; y bajo este concepto es también interesante el Monasterio de la Rábida.

Alrededores simpáticos.

Antes de llegar y penetrar en el histórico Monumento, puede detenerse el visitante a contemplar varios puntos que seguramente recrearán su espíritu, evocando antiguos y gratísimos recuerdos colombinos, que fueron mudos pero auténticos testigos de las idas y venidas del inmortal navegante. Son estos:



PATIO MUDÉJAR DEL SIGLO XV

La Palmera y la Cruz colombinas.

Siguiendo el camino que parte del lindo embarcadero de la Rábida, y torciendo después a mano izquierda para subir la cuesta de la colina, donde está emplazado el Santuario, álzase en medio del camino una magnífica palmera, más de cuatro veces secular, sostenida por vientos y alambres de hierro asidos a una abrazadera del mismo metal, que circunda su vetusto y elevado tronco, para defenderla de las violencias del vendabal; porque la tradición no intirrupida y constante asegura, que existía ya en tiempos de Colón, y por eso se la cuida, se la conserva y se la mira con tanto cariño y esmero.

Por otra parte, yendo al Monasterio por el camino de Palos, y a menos de un kilómetro próximamente del Convento, encuéntranse los restos venerandos de una vetusta Cruz, en las gradas de cuyo pedestal, afirma la tradición que, Colón sentóse a descansar con su tierno niño antes de acercarse a las puertas del Convento, para pedir al portero de la Comunidad franciscana el agua que saciara la sed de su pequeñuelo. Está mutilada, faltándole los brazos; y el resto, de lo que de ella queda, también está destrozado (1).

Algunos quieren que la Cruz histórica sea la que hoy está próxima a la Portería; pero a primera vista se ve que esa es obra de los siglos posteriores.

(1) Véase la página 48.

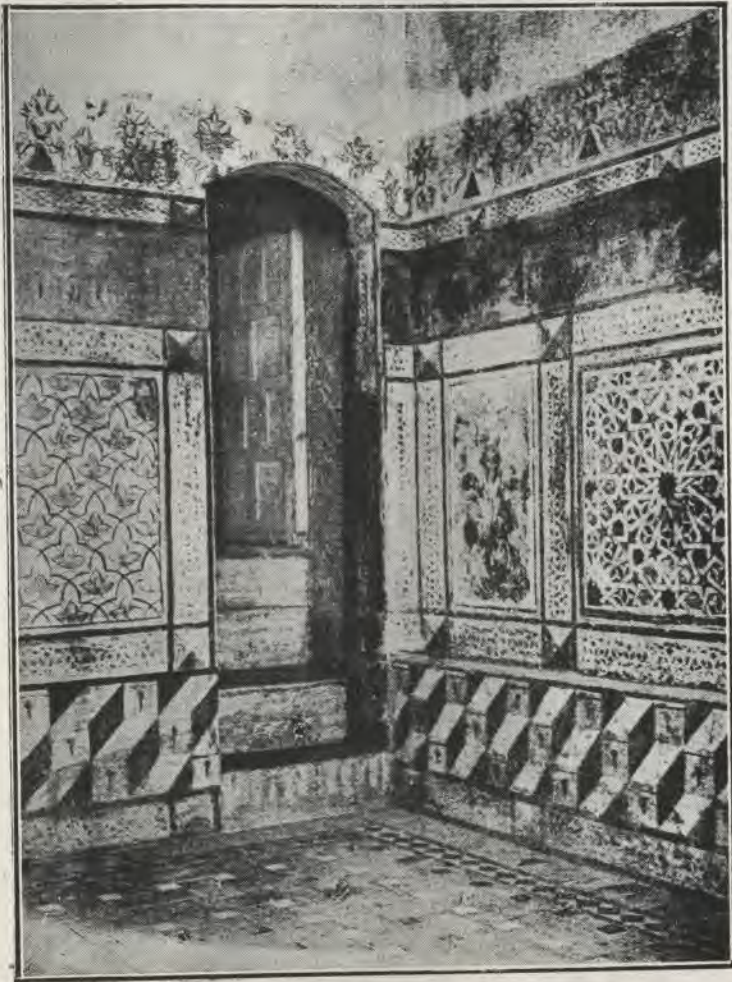
El Monumento a Colón.

Antes de llegar al Convento, viniendo por el camino de Palos, álzase majestuoso, en la grande esplanada llena de jardines, el grandioso monumento de piedra, proyecto y ejecución del Sr. Velázquez, dedicado al insigne navegante, para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Fáltanle ya dos de las tres Carabelas que lo adornaban, porque aunque, según el proyecto, debieran haber sido de bronce, la penuria del tiempo hizo que se fabricasen de madera. Trátase, sin embargo, de ponerlas de bronce, y quiera Dios que pronto lo veamos (1).

El Monasterio

Si exceptuamos su privilegiado emplazamiento, situado en lo alto de una linda colina de exuberante vegetación, poblada toda ella de variedad de hermoso arbolado, y cuajada de macizos de plantas y flores que la convierten en ameno jardín en medio del campo; el Convento por su parte exterior y vista general apenas ofrece signo alguno de su respetable antigüedad ni detalle arquitectónico interesante, salvo la puerta de la iglesia y la ventanilla que da al Presbiterio. Todo él ha sido transformado y encalado sin compasión en su parte externa.

(1) Véase la página 48.



DETALLE DEL CLAUSTRO MUDÉJAR DEL SIGLO XV

La Portería.

Está situada en la fachada de Oriente y éntrase al Monasterio por un arco de medio punto muy peraltado, sostenido por dos columnas ochavadas que le sirven de jambas, con sus características basas y capiteles, ejecutado todo con ladrillo agramillado; arco que es aún la entrada principal, como lo era en 1484, cuando por primera vez lo visitó Cristóbal Colón.

Por este arco se pasa a un reducido zaguán, que nunca se cerraba, para que en él pudieran guarecerse los que llegaran al Convento, lo que era muy necesario, teniendo en cuenta lo solitario del sitio en que se levanta. Allí estuvo Colón con su hijo sediento, esperando el agua que para saciar la sed de éste había pedido al Portero, mientras éste daba cuenta al Padre Guardián de la llegada de aquel necesitado caminante, que después resultó el descubridor del Nuevo Mundo. Consérvase todavía en este zaguán el ventanillo que servía de mirilla al Portero para ver quien llegaba a las puertas del Convento.

Frente al arco de entrada al zaguán, consérvase la puerta que cerraba el Monasterio; es obra de estilo gótico de fines del siglo XV, construída de sillería y con el dintel en forma de sencillo conopio, sobre el cual está pintado un antiguo escudo de la Orden Franciscana.

Plauastro y Patio de la Hospedería.

Pasada esta puerta, otros dos vestíbulos sirven de paso al Patio de la Hospedería, obra del siglo XVIII: en su derredor

estaban la Sacristía, habitaciones para los huéspedes, lavaderos etc.; hoy todo ello desfigurado, no ofreciendo interés arquitectónico alguno, salvo una portada formada por un arco de ladrillo en ojiva túmida, que por su elegante trazado recuerda las mejores obras de la arquitectura almohade (1); y por el lado de la iglesia otro arco de sillería también ojival, de herradura, precioso ejemplar de la arquitectura mudéjar de Niebla, a la que, según el Sr. Velázquez, ambos corresponden.

En el mismo ángulo del Patio, y en su costado o fachada del Saliente, hay otras dos portadas de ladrillo en forma de ojiva, en las que se ve el influjo de las dos artes, cristiana y mahometana, que caracteriza a toda la parte antigua del Monasterio.

Claustro principal o de la Clausura.

Por una de las dos puertas últimamente citadas pásase al Claustro principal, que es una pieza compuesta de un patio rectangular, recuadrado por sus cuatro lados por una galería o claustro que da acceso a varias celdas y a otras dependencias sin interés, y al Refectorio.

Este lindo claustro es la pieza más completa que se conserva en el Monasterio; debió construirse, en opinión del Sr. Velázquez, a principio o mediados del siglo XV (2). Está formado por arcos de medio punto peraltados; sostenidos por pilares octogonales, que están coronados por toscos capiteles estalactísticos: toda la obra está toscamente construida, quizá con el obje-

(1) Véase la página 80.

(2) Véase la página 106.



DETALLE DEL REFECTORIO

to de guarnecerla y pintarla después, como estuvo todo el Monasterio con su iglesia; sinembargo, en medio de su rudeza se ve que los maestros conservaban el sentimiento de la composición propia del estilo hispano-árabe dominante entonces en toda la región (1).

En el piso del Claustro el Sr. Velázquez ha reproducido uno de los patios del Monasterio de Santiponce, formado de baldosas o ladrillos y alambrellas de barro vidriado.

En lugar de los alicatados característicos del arte hispano-árabe, consistente en dibujos y lacerías formadas con azulejos de barro vidriado, tan general entonces en los claustros de los Monasterios andaluces, la ornamentación de este claustro era muy pobre, y consistía en la ejecución o reproducción de esos trabajos y estilos en pinturas al fresco.

Al comenzar las obras de la restauración, aparecieron fragmentos de dicho decorado, que después el mismo Sr. Velázquez ha restaurado y completado. Consta, pues, el friso de tableros o recuadros góticos, unos, y de lacería arabesca, otros, cuya vista da la sensación de hallarse el visitante ante un claustro de auténtica ornamentación mudéjar de mediados del siglo XV.

El Refectorio

Es una gran sala a la que se entra por un ángulo del claustro, decorada con hermoso zócalo de azulejería arabesca, imitación del siglo XV, sin otra cosa más de particular (2).

(1) Véase la página 109.

(2) Véase la página 112.

Celda del Padre Marchena.

En la parte alta del Claustro, sobre el techo del Refectorio, y con sus mismas dimensiones, hállase situada la celda del Padre Marchena, donde, dice la tradición, que tuvieron lugar las conferencias científicas sobre aquella colosal empresa entre Colón y su célebre protector. Nada tiene de particular en el orden artístico; es no obstante, una de las estancias más visitadas y veneradas, y con razón, por los turistas por los gloriosos recuerdos que evoca (1).

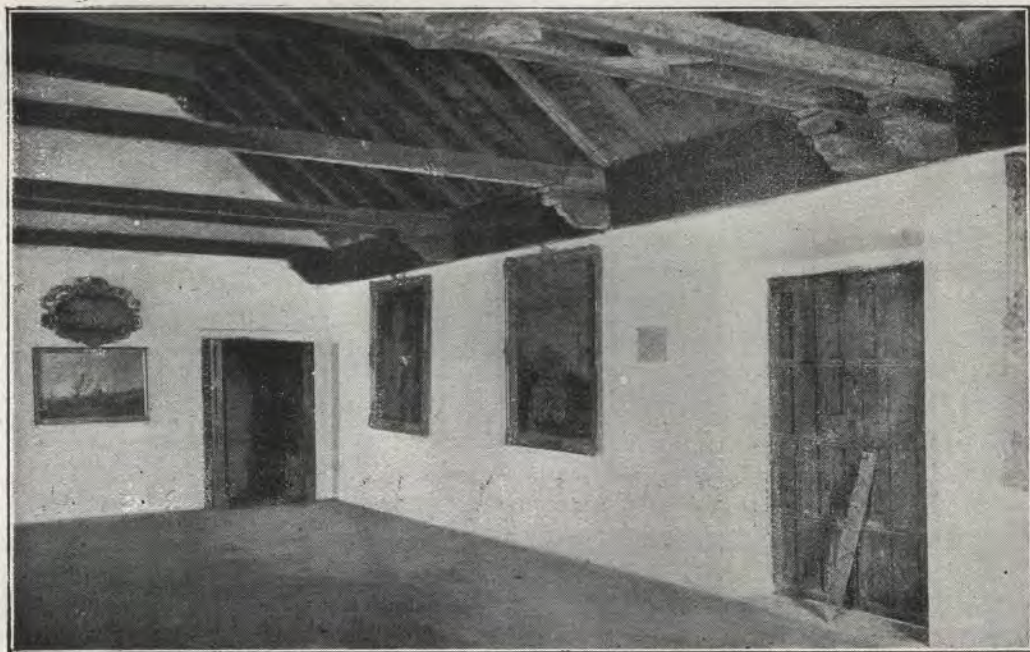
El resto de la parte alta del Claustro ninguna otra cosa ofrece de interés, sino los magníficos y bellos panoramas que desde el observatorio o mirador se contemplan.

La Iglesia.

Lo más antiguo que se conserva del Monasterio es la Iglesia. Consta de una sola nave rectangular de 16,70 metros de largo por 7,70 de ancho y de varias épocas, estilos y construcciones diversas, aparte de las obras realizadas el siglo XVII, en que hicieron en ella grandes reformas que le quitaron en parte, especialmente en el exterior, su carácter primitivo; entre otras, la construcción de la cúpula con su linterna en el presbiterio, enjalbegándola, encalándola, etc.

Este debió construirse, mejor dicho, reconstruirse entre principios o mediados del siglo XIV, porque tiene todos los ca-

(1) Véase la página 115.



CELDA DEL P MARCHENA

racteres de una reconstrucción adaptada a la nave de una iglesia más antigua. Es la parte donde más se manifiesta el arte cristiano, pues tanto el arco toral como la portada principal de la iglesia son de sillería con el aparejo de la arquitectura ojival cristiana (1).

Los muros de la nave de la iglesia con la capilla situada a los pies de ella están construidas con fábrica mixta de tapiales, ángulos y cadenas de mampostería análoga a las construcciones mahometanas de Niebla, y son las partes más antiguas del monumento, tanto que, según el señor Velázquez, tal vez pudieran ser anteriores a la Reconquista.

El decorado.

Lo más interesante de la iglesia es la decoración de sus muros interiores, en la que se ve un marcado influjo florentino, y a juicio del Sr. Velázquez, es único ejemplar en España.

Componía este decorado interior una tosca imitación de tableros de madera o de mármol, recuadrados con motivos pintados, imitando los mosaicos florentinos. Estas pinturas fueron picadas para guarnecer y enjalbegar de blanco las paredes. Sólo restan de ellas una mano y unos paños que son suficientes para conocer el tiempo en que fueron realizadas y para demostrar que fueron ejecutadas por un artista nada vulgar. Y el contraste y originalidad de esta ornamentación se observa en el templo mismo, comparando la de las paredes que están con ella deco-

(1) Véase la página 118.

radas y las del intradós de las archivoltas de los arcos que dan ingreso a las capillas adosadas al cuerpo de la nave (1), que están decoradas con grandes hojas de cardos, característica de la ornamentación gótica, y trazadas con soltura y grandiosidad; lo que hace más marcado el contraste, por lo menudo y geométrico de la otra ornamentación, y no habiendo duda de que están ejecutadas una y otras al mismo tiempo, a fines del siglo XV.

Son por tanto, partes interesantes de la iglesia para el estudio de las Bellas Artes, en cuanto a la Arquitectura, el Presbiterio, la puerta de la iglesia de sillería y ladrillo agramilado, la ventanilla del Presbiterio labrada con motivos de la arquitectura arabesca: respecto de la Pintura, el decorado interior de los muros y los intrados de los arcos de las Capillas: y por último, de escultura, existen varias imágenes; primera la antiquísima de alabastro de nuestra Señora de la Rábida (2), de principios del siglo XIV y que fué depositada en la iglesia de Palos al comenzar las obras de restauración, y allí permanece todavía; un Cristo de fines del siglo XV (3); la Virgen y San Juan de principios del siglo XVI (4); y San Francisco, San Antonio y San Berardo, del siglo XVII. Además es notable el artesonado mudéjar colocado por el Sr. Velázquez.

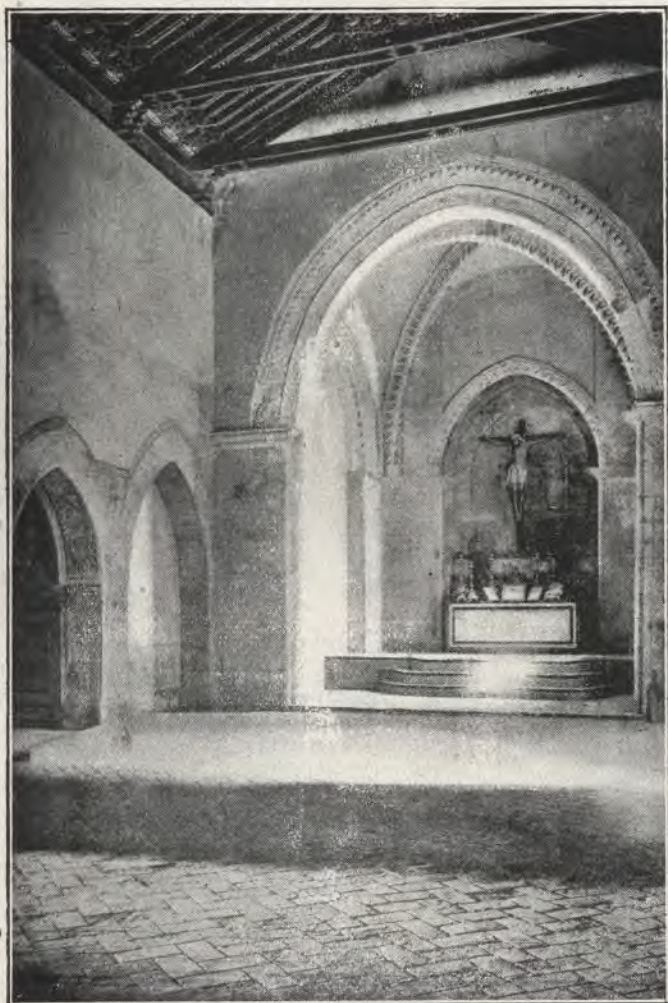
A. R.

(1) Véase la página 122.

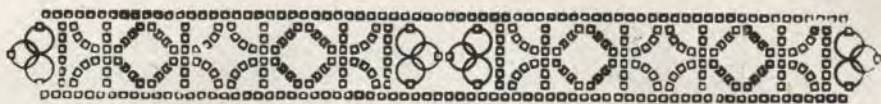
(2) Véase la página 88.

(3) Véase la página 92.

(4) Véase la página 96.



EL PRESBITERIO



UN PEQUEÑO AVANCE
EN LA
HISTORIA DE LA RÁBIDA
(EN PREPARACIÓN)



RESTAURADO y devuelto oficialmente por el Estado a la Orden, el Convento de la Rábida, entra hoy en una nueva fase de su vida histórica; fase que mira al porvenir, en primer lugar de su propia existencia, y luego al otro más extenso que se vislumbra como un hecho a realizar en la constante aproximación, en los anhelos de compartir la vida, y en la tendencia a estrechar los lazos de raza, de los pueblos hispano-americanos.

Cuna de América, ha sido llamada la Rábida, y como cuna, como solar de familia, siempre tendrá el primer derecho legal, histórico y de naturaleza a llamar hacia sí, congregar en torno suyo e imponer el santo amor de hermanos a los hijos que diseminados en nacionalidades, con el océano de por medio, no como barrera que separa, sino como camino abierto que une

las fronteras, llevan en sus venas la sangre, en su historia la civilización, y en su vida los sacrificios y las esperanzas, de una misma madre... Todo lo que se refiere a la Rábida no puede menos de serles interesante.

¡Una Historia de la Rábida, historia crítica, documentada, completa, por supuesto, como exigen hoy los modernos estudios y merece el propio asunto! Bello ideal, sí; y muy conveniente, casi necesario.

No son pocas las personas que nos preguntan por la Historia de la Rábida: unas porque quieren leerla, otras porque saben o han oído decir que la estamos preparando.

Mucho se ha escrito; insignes literatos, Duque de Ribas, Amador de los Ríos, Víctor Balaguer, Fernández Duro, Castellar, Becerro de Bengoa, Pardo Bazán... le han dedicado brillantes páginas: innumerables escritores, historiadores y publicistas le mencionan y describen. Apesar de todo, su historia permanece inédita, porque considerada, generalmente, como un inciso en relación con determinado asunto, siquiera sea el más saliente, o desde algún punto de vista particular, el conjunto, la trabazón histórica de los hechos, el verdadero conocimiento que surge del relato documentado en las verdaderas fuentes de información, y se explaya metódico, pleno, han quedado sin hacer. El P. Coll, *Colón y la Rábida*, se aproximó al objetivo, pero fáltale crítica, método y conocimiento fundamental. Sólo tiene el mérito de un ensayo de vulgarización y haber sido el primero que lo ha intentado. Don Ricardo Velázquez Bosco publicó recientemente *El Monasterio de la Rábida*, de gran presentación tipográfica, es una monografía escri-

ta a base de las restauraciones y sirve para avalorar la parte arqueológico-artística del edificio, que es el objeto que se propuso.

Lugar de remotas tradiciones; convento, en su vida esencial; relacionado y enaltecido, como su característica, con lo que a Colón y descubrimiento de América se refiere; Santuario de devoción popular... no es obra fácil, ni empresa vulgar, imprimir carácter, dar unidad y perfección a su historia un tanto compleja. Añadamos, el desconocimiento de las fuentes, imprescindibles en la parte monacal, para muchos que aun siendo buenos historiadores no hicieron profesión de estado en ningún claustro; la falta del archivo, etc.

La historia de la Rábida tiene tres grandes objetivos; la Orden, de la que es hija y honor; la que llamaremos comarca Tinto-Odiel, de la que ha sido centro de cultura, de costumbres y de apostolado; España-América. Abarca tres, también, grandes ciclos; el legendario, con los diversos elementos conceptuales, de más o menos probabilidad que concurren a establecer su prehistoria; el histórico, de principios ciertos y hechos documentados, constitutivos de su existencia, de su vida real; el trascendental que, pasando por la tradición y basándose en el hecho más culminante, el que representa la síntesis de una relación íntima y perdurable entre dos pueblos, trasciende y se remonta al porvenir de los mismos. Se divide en cuatro épocas o partes, muy desiguales en cuanto al lapso de cada una, porque también lo son en la intensidad de los hechos que relatan: *Prehistórica*; desde las primeras edades hasta comenzar el siglo XV. Los tiempos fabulosos de las colonias fenicia y griega, tie-



LAS CAPILLAS

nen en el texto de Estrabón algún apoyo; la dominación romana, se afirma en el testimonio de Rufo Avieno; la árabe en la denominación misma del Santuario; la discutida existencia de los Templarios y primeros Franciscanos, de los siglos XIII y XIV, en tradiciones y conjeturas. *Historia antigua*, 1400-1484. Aparece en la historia la verdadera Rábida en forma de Eremitorio o pequeño convento franciscano, en Bula pontificia; los motivos se hallan en el estado social de la Orden, y de la pequeña región Palos-Saltés, dos pequeños núcleos de población en aquellas circunstancias, de señorío temporal de un cierto personaje, buen cristiano, que no era de las casas La Cerda ni Guzmán, y en absoluto desprovistas de espiritual asistencia. El desenvolvimiento de la Comunidad, en el orden interno y en el externo, Observancia rigurosa y amplia Conventualidad con bienes y rentas; las distintas obras arquitectónicas del edificio, unas de factura y otras sólo de emplazamiento; la importancia que adquiere en la comarca Tinto-Odiel, como Santuario de devoción popular, casa benéfica de necesitados, asilo de perseguidos, refugio contra los piratas que infestan los contornos, escuela de instrucción, de consulta, de cultura donde se formó la tradición de los grandes marinos que ellos solos fueron dignos de acompañar a Colón; centro de apostolado religioso... todo está perfectamente documentado y es la parte histórica más fácil y más completa. *Colombina*, 1484-1900. Llegado Colón a Palos, su ida a la Rábida es una consecuencia inmediata. Pobre, extranjero, acuciado por la idea del descubrimiento, creyente; en la Rábida encuentra, pan, amistad, consejo, influencia decisiva, religión. Las dos figuras de Fr. Antonio de Marchena y

Fr. Juan Pérez, quedan hoy, merced a los últimos estudios, y a determinados y valiosísimos documentos enteramente ignorados, pero que hemos descubierto y poseemos, alguno de ellos, autógrafo, del depósito general de la Orden, y otros, de indubitable certeza, restos milagrosamente salvados del archivo conventual. La Rábida ganó a Colón para España y para Palos, circunstancia esta segunda tan importante, que así como sin la cooperación de los Pinzones, la obra del descubrimiento no sabemos cómo la habría podido realizar Colón, del mismo modo sin el P. Pérez, los famosos marinos y sus carabelas difícilmente hubieran seguido al que sobre aventurero, llegaba con imposiciones conminatorias. Dentro del relato Colón-Rábida hay otros detalles interesantes ¿por qué no fué en el primer viaje Fray Juan Pérez? ¿por qué tampoco en el segundo Fr. Antonio de Marchena, no obstante las repetidas instancias de los Reyes Católicos? ¿por qué su olvido de la Rábida y de Palos, a la vez, cuando a ellos lo debía todo? La historia atenta de la Rábida en este particular, da por consecuencia un principio, olvidado de historiadores y publicistas; la historia del descubrimiento, de la conquista, de la colonización de América debe escribirse no a base de Colón sino de España. *Moderna*, 1500-1920. En esta parte, la menos importante, que comienza con el cambio de régimen, Observancia, de la Comunidad; que tiene una nueva reforma, la Recolección; épocas de florecimiento, de persecución, de abandono, de restauración y por fin de reintegración a la Orden, existen bastantes documentos, en buena parte, como dejamos indicado, pertenecientes al antiguo archivo, que providencialmente hemos hallado, dispersos, rotos, incompletos.

Del conjunto y de la naturaleza de los hechos que constituyen el fondo substancial, resalta la fisonomía característica de la historia particular, y la Rábida la tiene, propia suya, inconfundible; una historia inmaculada, una actuación constante de paz, de amor y de beneficencia. No se encuentra un rasgo que afee, ni un detalle que rompa la serena majestad y la suave armonía de una existencia siempre consagrada al servicio de Dios y al amor de la humanidad. Los autores tienen que reconocerlo. Jamás la historia de la Rábida tendrá enemigos.

El criterio, método, estilo, son formas que imprime personalmente el autor; pero en el caso particular que nos ocupa, una vez escrita, será detenidamente examinada y si es necesario corregida y aun refundida por personas competentes: de este modo serán mayores las probabilidades de acierto y de éxito. Así y todo, aún quedarán ¿quién lo duda? muchas investigaciones que hacer, muchos datos que acopiar y no pocos juicios que rectificar. Pocas veces resulta una historia completa: pero no faltará, andando el tiempo, quien supla los defectos de un día y perfeccione la obra defectuosa. Entonces se habrá escrito la última y definitiva Historia de la Rábida.

P. ANGEL ORTEGA.

INDICE

DEL TEXTO

	Págs.
A guisa de Crónica y Prólogo . . .	3
Entrega oficial del Monasterio de la Rábida a los Padres Franciscanos	7
Discurso del M. R. P. Bernardino Puig, Delegado Provincial de los PP. Franciscanos.	19
Discurso de D. Joaquín Hazañas, Catedrático de la Universidad de Sevilla	27
Discurso del R. P. Gilberto Blanco, Agustino	41
Discurso del Dr. D. Martín Rücker, Decano de la Universidad Católica de Chile	55
Discurso de D. José Monge Bernal, Abogado y Diputado Provincial por Sevilla	61
Discurso del R. P. Fr. Angel Ortega, Cronólogo de la Orden Franciscana en Andalucía.	63
Discurso del Sr. D. Manuel Siurot	73
Discurso de D. José Marchena Colombo, Presidente de la Sociedad Colombina de Huelva	81
Discurso del Emmo. Sr. Cardenal Almaraz, Arzobispo de Sevilla	83
Discurso del Excmo. Sr. Ragonesi, Nuncio de Su Santidad en España	85
El regreso	97
¡..Gratitud...	99
¡La Rábida!—Descripción del Monasterio	101
Un pequeño avance de la Historia de la Rábida (en preparación).	119

DE LAS ILUSTRACIONES

	Págs.
Mons. Ragonesi, Nuncio de S. S.	5
Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla	9
M. R. P. Fr. Cipriano M. ^a Alzuru, Provincial de los Franciscanos	11
M. I. Sr. Dr. D. José Roca y Ponsa, Magistral de la Catedral de Sevilla	14
D. Antonio de Mora Claros, Alcalde de Huelva	18
M. R. P. Bernardino Puig.	21
Los Rvmos. Prelados con las autoridades en el embarcadero	25
Don Joaquín Hazañas.	29
Vista panorámica desde el Monasterio de la Rábida	32
R. P. Gilberto Blanco Alvarez	43
La Palmera colombina	48
Sr. D. Martín Rücker Sotomayor	57
El Sr. Monge Bernal, pronunciando su discurso.	60
R. P. Angel Ortega	64
Fachada de la Portería.	72
D. Manuel Siurot	76
Puerta de la Iglesia por el patio de la Hospedería	80
Vista general del Monasterio.	82
La Virgen de los Milagros	88
El Cristo (siglo XV).	92
La Virgen y San Juan (siglo XVI)	96
D. Ricardo Velázquez, Arquitecto restaurador de la Rábida	103
El Patio mudéjar (siglo XV).	106
Detalle del Claustro mudéjar	109
Detalle del Refectorio	112
Celda del P. Marchena.	115
El Presbiterio.	118
Las Capillas	122



PRECIO: 3'50 PTAS.